

EL ULTIMO CAMINO

LIBRO AMIGO



CARMEN KURLAND

Lectulandia

En la vejez el tiempo sabe siempre a recuerdo. Y el recuerdo, a veces, guarda la amargura del fracaso, la angustia de lo irremediable. Y la inminencia de la muerte a cada paso... Un mundo de colores apagados, de silencios, un mundo lejano y, quizá, resignado; unas gentes para las que, grotescamente, la vida no es sino un pasatiempo. Los personajes de Carmen Kurtz recorren, fatalmente, *El último camino*; y dejan una huella triste, melancólica y, como ellos, quebradiza: nada.

Lectulandia

Carmen Kurtz

El último camino

ePub r1.0

TuDrep 19.12.14

Título original: *El último camino*
Carmen Kurtz, 1976
Ilustraciones: Salmer

Editor digital: TuDrep
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A CARMINA ROS
con mi cariño.

LOS ÁNGELES SE EQUIVOCAN

Salía a eso de las diez de la mañana.

Después de atravesar el pasaje, el jardincillo y subir las escaleras, sólo entonces, cuando estaba en la calle, se sentía seguro. En la casa también. No era la casa de antes, eso ni soñarlo. La de antes era una casa muy pequeña y estaba arruinada, pero él no se dio cuenta hasta que vinieron unos señores y le dijeron; «Momentáneamente búsquese un asilo, un albergue, la casa de unos parientes o amigos. Hemos comprado toda la manzana —los vecinos también vivían en casas pequeñas y arruinadas— y vamos a edificar un bloque de viviendas. Cuando esté terminado, usted tendrá un piso. Un piso con luz, agua corriente, cuarto de aseo...».

Él les dijo, lo mejor que supo, que le faltaba muy poco para morir y que deseaba hacerlo en aquella casa donde había nacido, donde murieron sus padres y donde vivió con su hermano.

Fueron muchos los años que vivieron juntos los dos hermanos. Simón era el más joven y ganaba buen jornal de alfarero. Él, Vicente, se usó más pronto frente a una caldera. Tenía el pecho seco y tosía mucho, como si los pulmones también se le hubieran secado a la proximidad del fuego. El vello era inexistente sobre aquel pecho; desapareció años atrás, antes que le asomaran las canas. Por el pecho desnudo y sin vello resbalaba el sudor, y el fuego lo tintaba con reflejos sangrientos cuando abría los cebaderos para echarle paladas de carbón.

De eso hacía muchos años.

Simón continuaba trabajando cuando a él le dieron el retiro. A veces iba a dar una vuelta, después de haber leído los anuncios del periódico. Si no fuera por la tos... Para un hombre joven había mil trabajos por hacer. Pero él era viejo. Con sus sesenta y pico de años estaba muy cascado y cuando tosía la gente se apartaba de él, creyendo, a lo mejor, que estaba enfermo.

En las Ramblas, cerca de las *Golondrinas*, conoció a Hilarión.

Vio un grupo de chiquillos y en medio de ellos un viejo, más viejo que él. Le vio sonriente. Soplabla dentro de un pito con plumas, vistoso y bonito. Tenía un buen manojo de ellos y, en la espalda, llevaba docenas de molinillos de colorines que rodaban al viento, y trompetas con flecos, y espantamoscas.

Se sentó en un banco y cuando la tarde empezó a caer, y el viejo de los pitos se dispuso a retirarse, Vicente le abordó. Estuvo dudando si hacerlo o dejarlo correr; le parecía que un antiguo fogonero nunca podría ser un buen vendedor de pitos. Le faltaba el buen humor de Hilarión; le faltaban seguramente muchos años de vida ambulante y al aire libre. Pero creyó que debía hacerlo, se acercó al viejo y le preguntó si, por casualidad, no le quedaría un pito.

—Para su nieto, ¿eh, abuelo? Pues no. Se me acabaron. Mañana le traeré. Ahora me voy a casa y... a trabajar.

—¿No quiere una copa conmigo?

—¡Hombre! Muy amable. Eso no se desprecia.

Así empezó la amistad con Hilarión.

Y de esa amistad el contarle sus penas a Hilarión a comprenderle. Cuando se terminaba la mercancía, los dos viejos iban a casa del vendedor de pitos y, poco a poco, Vicente empezó a saber recortar papeles, darles la vuelta, pegarlos a las cañas. Lo mismo con los pitos. Cortaba la muesca, soplabla y cuando oía el gorjeo del pájaro, guiñaba el ojo a Hilarión.

No fue tan sencillito. Hilarión no tenía mucha paciencia y si el papel se rasgaba, si la muesca no estaba en el justo nivel, o si los flecos salían demasiado finos o demasiado gruesos, Hilarión decía y juraba que le estaba echando por tierra el negocio y que para tal viaje no le hacían falta alforjas. Vicente escuchaba, humilde, ofreciendo pagarle los desperfectos. Entonces Hilarión rezongaba unos momentos y por último decía que era mejor dejarlo correr, y que se diera prisa, pues aún necesitaba diez molinillos más, y otras tantas trompetas para el día siguiente, que era de fiesta y por lo tanto de mucho gasto.

Ahora aquel tiempo le parecía muy lejano.

Fueron muy pocos los años, pero los recordaba con nostalgia. Tenía las ocupaciones de la casa por la mañana y luego todo el día para él. Hilarión vivía solo y se convirtió en su amigo. Por las tardes le gustaba acompañarle al puerto y verle rodeado de chiquillos, probando pitos y soplando dentro de las alas ahuecadas de los molinillos. Cuando se terminaba la mercancía, tomaban un café y copa en cualquier buchinche de las Ramblas y luego iban a casa de Hilarión. Era una sola habitación en donde el viejo elaboraba sus pitos, sus molinos, las trompetas y espantamoscas, además de su comida. De sus ropas se encargaba, de vez en cuando, la patrona que también era vieja y, a cada dos por tres, llamaba con los nudillos a la puerta de Hilarión diciéndole que no probara tanto los pitos, que ya le estaban mareando.

Luego murió Hilarión.

Una tarde le fue a esperar, como de costumbre, cerca de las *Golondrinas* y no le vio llegar. Sintió un frío muy grande por aquel pecho que no tenía vello y se encontró caminando hacia la habitación de su amigo. La patrona se secó un ojo con la punta del delantal, mientras le explicaba cómo lo había encontrado muerto.

Allí estaba, dormido como un santo y rodeado por los juguetes. Vicente tuvo un acceso de tos muy fuerte y la patrona le echó una mala mirada. Entonces él tuvo que contarle lo de la caldera. La patrona dijo que bueno, que así era la vida y que qué hacían con el cadáver de Hilarión. Vicente fue a dar parte de la muerte y la Casa de Caridad se encargó de todo.

Fue muy rápido. Hilarión no dejaba nada ni nadie. La patrona se quedó con los cuatro trastos del huésped, pues dijo que le dejaba a deber una semana y hartó le costaría adecentar la habitación para alquilarla de nuevo. A Vicente le dio los pitos, las trompetas y los molinillos de viento.

Vicente se llevó cuanto le dieron. Cargó con el almacén de paja sobre su espalda, como Hilarión, y en las manos llevaba pitos y trompetas, pensando en el amigo y en las copas y cafés que ya no beberían juntos. A las dos manzanas, se le acercó una joven con un chiquillo y le pidió el precio de un pito.

Vicente se quedó sin habla, con la boca abierta y alelado. La joven debió de creer que era sordo y volvió a preguntarle «que a cuánto los pitos». Él, tomó un pito, se lo dio al niño y dijo que no costaban nada, que *hoy* los regalaba. Pensó que Hilarión estaría contento de hacer un regalo a los chiquillos, pero la mujer meneó la cabeza, tomó el pito y le puso dos pesetas en la mano diciéndole al marchar: «No beba, abuelo. Así no le cundirán los cuartos».

Después, sus piernas le llevaron hacia las *Golondrinas* y allí le rodearon los chiquillos, los hombres y las muchachas, y al atardecer ya no tenía ni un molinillo ni siquiera de recuerdo. Se volvió a casa más pronto que de costumbre, tanto que Simón le preguntó si estaba malo y él tuvo que contarle la verdad, esto es, que Hilarión había muerto y que ya no tenía amigo.

Aquello duró tres días.

Luego fue a la tienda de los papeles de colores y a la de las cañas. Compró plumas y cola de pegar y pensó que Hilarión estaría contento si alguien seguía allí, en aquel puesto, vendiendo pitos a los chiquillos de las Ramblas.

Aún fueron años buenos.

Simón aportaba su jornal y él se defendía con el suyo. Al hermano llegó a hacerle gracia lo de los pitos y hasta le echaba una mano para cortar cañas. Darle la vuelta a los papeles de colores ni hablar. Para eso se necesitaba todo un maestro como Hilarión y él ya estaba muy viejo, y sabía lo suficiente para él, pero nada le sobraba para dar lecciones a los otros.

Hasta que un día Simón vino malo y no supo lo que tenía, y llamaron al médico que puso una cara muy rara, y dijo que *aquello*, tanto podía pasarse como había venido como podía no pasarse. Simón todavía fue unos días sí y otros no al trabajo, pero las carnes se le iban de encima y los pantalones le quedaban huecos en el fondillo. Hasta que un día no pudo levantarse y él tampoco pudo ir a vender los molinillos. Hizo docenas y docenas de todos los juguetes, para cuando Simón se levantara y él pudiera ir a venderlos. Simón se reía y aún le quedaban fuerzas para soplar dentro de los pitos, y decía que iba a morirse pues lo notaba en las piernas.

—Pero ¿qué notas? —preguntaba Vicente.

—Como hormiguillas.

—¿Hormiguillas de qué?

—Miles de hormiguillas que me trepan cada vez más arriba. Cuando lleguen al vientre, me moriré.

Las hormiguillas se le pasaron a las manos y Simón ya no pudo llevarse la taza de caldo a la boca. El médico dijo que le faltaban muy pocos días y que era necesario

tener paciencia. Dijo también que Simón era viejo y, aquélla, una ley natural. Vicente le contestó que él era más viejo que el hermano, pero el médico dijo que aquello nada tenía que ver. Vicente dijo que él estaba mucho más cascado, que la caldera le había dejado sin pelos en el pecho y con una tos que daba miedo. El médico meneó la cabeza y dijo que, de todos modos, aquello no tenía nada que ver. Simón se murió en cuanto las hormiguillas le pasaron a la garganta.

Entonces empezó Vicente su vida solitaria.

Tuvo miedo de que, en el puerto, alguien hubiera tomado su sitio, pero no fue así. Cuando volvió, las muchachas y los chiquillos le rodearon, se rieron, probaron los pitos y no le preguntaron ni por Hilarión ni por Simón. Las muchachas y los chicos le preguntaban el precio de las trompetas y de los espantamoscas, y la vida continuó para Vicente, en la casa de sus padres, en el barrio donde había nacido, entre viejos vecinos y viejas cosas que formaban parte de lo que fue.

Hasta el día aquél.

Aquel día habló más de lo que pudo hacerlo en los diez últimos años. Les dijo a aquellos señores que él estaba muy viejo, que le dejaran esperar un año, dos como máximo...

No quisieron escucharle. Que no se apurara, le decían. Él tendría un pisito con todos los adelantos. La casa ni siquiera tenía luz y si quería agua era menester sacarla del pozo. Eso le cansaba. Dentro de unos meses con dar vuelta a un grifo, de allí saldría agua; dar vuelta a un conmutador y tendría luz.

—Pero ya me habré muerto, señores.

No. Él no iba a morir. Le pagarían una pensión en un albergue o le meterían provisionalmente en un asilo.

—Pues yo no quiero entrar en un asilo. Yo he trabajado toda mi vida para morir en casa, señores.

Pues una habitación. ¿No tenía parientes, amigos?

—Yo nunca he molestado a nadie, señores. Yo he trabajado toda la vida para no deber nunca un favor.

Le dieron unas pesetas y una dirección. Cada mes percibiría la misma cantidad mientras el pisito no estuviera disponible.

Los vecinos de las otras casas semejantes a la suya, después de lamentarse, parecieron ver las cosas del mejor modo posible. Oía sus gritos de un lado a otro de la acera.

—Y tendremos ducha.

—Y cocina de gas.

—La verdad es que se caían de viejas estas casuchas.

—Dicen que antes del año nos darán el pisito.

—Y los alquileres serán de quinientas para arriba, pero nosotros pagaremos menos.

—Anda, hija, en el fondo es una suerte.

Se dispersaron todos y Vicente tomó el único camino que sabía: la casa de Hilarión. La patrona le recordó en cuanto oyó aquel golpe de tos.

—¿Usted por aquí todavía, señor Vicente?

Quizá fuera indecoroso seguir viviendo mientras los otros morían. Pero el caso era ése y Vicente tuvo que contestar:

—Pues sí, señora Candelas. Yo por aquí *aún*.

La patrona se parapetaba tras la puerta entreabierta mientras él permanecía en el rellano de la escalera. Ni siquiera le dijo de entrar.

—Pues, ¿y qué le trae?

—Saludarla.

—Vamos, pase —dijo la vieja dándose cuenta de que debía dejarle entrar.

Le costaba abordar el tema y enmudeció, dándole vueltas a la boina que se había quitado y llevaba en la mano.

—No se quede en medio. Pase. Pase. Ya sabe, al comedor.

El comedor era una pieza tan pequeña como las otras, pero Candelas, la patrona, había metido en él, mesa, sillas y aparador. Costaba algún trabajo abrirse camino entre los muebles, demasiado grandes para la habitación.

—Siéntese, hombre.

Se sentó de media anqueta en el borde de una silla y, después de pensarlo mucho, decidió ir al grano.

—Pues verá, señora Candelas, la cosa es que yo venía a pedirle una habitación.

—¿Se ha quedado usted sin casa? —preguntó agresiva la mujer.

Entonces le contó y le dijo que sería por unos meses, que no conocía a nadie más que a ella, que no quería deber favores a nadie y que tenía dinero para alquilarle una habitación.

Fueron más de unos meses. A Vicente le parecieron siglos aquel año y medio pasado en un cuarto en donde cabía justo un colchón. Allí, encima de él, por las noches, seguía fabricando sus pitos, sus molinillos, sus trompetas y los espantamoscas. Envejeció diez años, se quedó lívido de piel y cuando le vinieron a avisar que ya podía ir a ocupar el piso, le pareció que salía de la cárcel.

No era su casa, ni mucho menos.

Pero a la salida de la pensión de la señora Candelas, todo se le antojaba un paraíso. El bloque de viviendas comportaba cuatro pisos por rellano y eran cinco las edificaciones, idénticas, altas, macizas. Un pasaje particular hacía, de aquel bloque, un nuevo barrio y en el centro del pasaje se remansaba un jardincillo en donde jugarían los chicos de los inquilinos.

Vicente pensó que hubiera preferido morir en su casa la de antes, pero que, de todos modos, aquello estaba muy bien y que la chiquillería del barrio podría jugar en

el pasaje sin correr los riesgos de la calle.

Fue el primer inquilino y cuando abrió la puerta del piso con el llavín, que en nada se parecía a la llave de antes, encontró todo aquello algo insólito, que no iba con él. Él era demasiado viejo para un piso nuevo y sintió como si una mano le oprimiera el corazón, y cuando arregló sus cosas, sus pocos muebles pudo comprobar que tampoco cuadraban con el piso.

Entonces hizo la cama, se metió en ella y se sintió, por primera vez en la vida, atrozmente solo, con la humedad de las paredes aún frescas de pintura, y el olor de las maderas tiernas. Vicente, de cara a la pared, tapándose con la manta, lloró y se acordó de Simón, y de lo bien que lo pasaban por la noche, juntos, sin decirse nada, pero juntos hasta el día siguiente.

Las celdas se llenaron de repente, como en un maretazo. Llegaban las gentes por racimos y todo era subir muebles y ver caras nuevas y oír nuevas voces, y casi nuevas lenguas.

Se terminó la quietud del barrio en donde todos se conocían. Los antiguos vecinos estaban allí, escondidos en alguna parte, repartidos entre los bloques A, B, C, D, E, en algún piso sexto o séptimo, en alguna puerta que además de número llevaba iniciales.

El habla de los antiguos vecinos se extinguió para siempre y, ahora, resonaban voces con acento del sur. Voces que hablaban más alto que las de antes y le parecían casi extranjeras. Se oían canciones de mujeres y el ruido de la cacharrería mientras se preparaban las comidas. Hasta el olor de los guisos llegaba a él. Se oían las disputas entre los matrimonios y el llanto de los recién nacidos, y los gemidos de las mujeres que daban a luz. Y el otro ruido. El infernal ruido de los chiquillos que tampoco eran los del barrio de antes, y que jugaban en el pasaje o en el jardincillo central a cierta clase de juegos enteramente desconocidos para Vicente. Juegos violentos, apropiados para aquellos chiquillos de tez oscura y ojos negros.

Ya nadie sabía que él, Vicente, era un antiguo fogonero y por lo mismo estaba tan cascado, y tenía esa horrible tos, que no era de enfermedad sino el resultado de tantos años frente a un fuego. Cuando le entraba la tos, por las noches, los vecinos de arriba y los de los lados le llamaban en el techo o en las paredes diciendo: «No tosa, abuelo, que no deja dormir». Ya no sentían respeto por su tos, como antes los del barrio de casitas pequeñas; los que sabían que sus pulmones no estaban enfermos sino muy resecos y que aquél era el rastro de un trabajo de hombre muy duro.

No. Ya nadie sabía que él, Vicente, fue años atrás un gran fogonero. Lo bautizaron con el mote de «El viejo de los pitos» o «El viejo de la tos», como si toda la vida la hubiese pasado haciendo eso: pitos y toser.

Cuando salía por las mañanas —no antes de las diez, pues antes de esa hora era inútil salir de la casa—, lo hacía con un miedo terrible.

Llevaba los molinillos clavados en el armazón de paja, sobre la espalda y, atados al travesaño de madera, los espantamoscas, los pitos de canario, las trompetas y los espantasuegras. Iba lo más aprisa que sus viejas piernas le permitían. Los chiquillos jugaban al «superman» o a «bandas» y le amenazaban con supuestas metralletas, escondiéndose entre los arbustos del jardín y gritando a una: «tac-tac-tac-tac...». A veces los veía disfrazados con plumas en la cabeza y armados de flechas, mientras otros, con pantalones tejanos y empuñando pistolas de madera, dejaban sus personales querellas para unirse contra él.

—Ahí va el viejo de los pitos. Duro y a la cabeza.

Se daban nombres raros. Al más alto de todos le llamaban Búfalo y otros eran el Plancha, el Gallito, Porro, Pifas, Royo, el Buchi y así otros tantos. También alguna chica rodaba por allí y las más bravuconas superaban en malicia a los muchachos, o se le antojaba a él. Mocosas de doce años para abajo, desarrapadas y sucias. Finalmente el grupo de los pequeños, que hartó trabajo tenía con protegerse de los mayores para protegerle a él. Se le antojaban críos de otra esencia que los conocidos. No eran así los que en las Ramblas se le acercaban para pedirle una trompeta, un molinillo o un pito de canario. Los chicos de las Ramblas eran chicos de siempre e iban de la mano de alguien que les enseñaba: «Dale las gracias, Juanín, o Carlitos, o Ricardo». No había entre ellos ningún Pifas, ningún Búfalo, ningún Royo.

Su verdadero hogar estaba allí, a la intemperie, en aquel rincón de la ciudad, junto al mar. Allí sentía el sosiego de las ramas de las palmeras mecidas al viento y el lejano sonido de las sirenas de los buques. Allí todos le conocían y si le contaban penas, él les contaba las suyas. El ruido de las Ramblas era un conjunto de sonidos sin asperezas: los autobuses, las ruedas de los turismos, las sirenas de los barcos y algún vendedor como él que pregonaba su mercancía: «Cacahuètes, cacahuètes y avellanas. Chicles y caramelos». El barquillero, el vendedor de helados, el de cupones de lotería y el fotógrafo callejero. Los ruidos de las Ramblas le procuraban el mismo sosiego que el silencio, le eran bien conocidos y podía asegurar que casi no había cambiado desde que él fue niño.

En el bloque de viviendas todo eran gritos y sonidos extraños. Y aquel acento. Aquella mezcla de acentos agudos, ásperos, antes desconocido en el barrio de las casitas. Los gritos de los chiquillos en el pasaje y en el jardín: «¡Búfalo, entrégate con tu banda o te matamos!». El ta, ta, ta, ta, ta, de las supuestas metralletas y los silbidos de unas balas más aterradoras que las verdaderas.

Se veía negro al probar los pitos y los trinos de sus canarios quedaban apagados por el cuchareteo de las vecinas, que se pasaban el día charlando por las ventanas del patio, explicándose recetas de cocina, chismes de barrio y lo que hubieran tenido que ser secretos de alcoba.

No era extraño que a eso de las diez de la mañana saliera de allí, con el ombligo más arrugado que nunca por miedo a que, algún día, le destrozaran la mercancía antes de llegar a la calle. Se hacía el sordo cuando oía gritar: «¡Eh, viejo! Que se te pierde

un canario».

Advirtió que se estaba volviendo cascarrabias y hablaba a solas. Se le pegó el diapasón de las mujeres, que siempre parecían airadas por algo, y el de los chiquillos, que envolvían sus carcajadas con alguna palabrota parecida a las que él soltaba antes, cuando le caía una brasa encendida sobre la carne desnuda. Se volvió gruñón y hasta la portera, que siempre renegaba contra los chiquillos porque le ponían todo perdido, se pasó al bando de éstos contra él.

Cuando oyó llamar a su puerta aquella noche, tardó en levantarse. Nadie llamaba a su puerta a tal hora. Lamentó la ausencia de la mirilla y abrió despacio. Cuando tuvo como un dedo de vista se dio cuenta de que era uno de los chicos del barrio.

—¿Qué quieres? —preguntó.

El pequeño parecía quererle enseñar algo. Recordaba haberlo visto entre el grupo de los más jóvenes. Ignoraba su nombre, a qué madre pertenecía y en qué piso habitaba.

—Esta mañana —decía el pequeño intentando abrir la puerta—, esta mañana se le ha caído un canario.

Pensó que sería alguna treta. Las primeras veces cayó en la trampa y cuando le gritaban: «¡Viejo, que se te caen los molinillos!», se volvía y miraba al suelo, pronto a recuperar la mercancía. Esto le valió unas carcajadas que hubiese preferido no haber escuchado nunca.

—Bien está. Hala. Nada de bromas.

—Mírelo. Aquí lo tiene.

Entre las dos manos del chiquillo apareció el cuerpo del canario, con las plumas amarillas que le servían de cola. Abrió un poco más la puerta y el chiquillo se coló, más listo que una lagartija.

—Puedes quedártelo. No me hace falta.

El chiquillo aguzaba la vista en dirección a un sitio determinado.

—¿Qué miras?

—Nada.

—Pues anda. Largo. Tu madre debería meterte en cama a estas horas.

El chico no se movía.

—Pero ¿qué demonios quieres?

—Verlos.

—¿El qué?

—Todo. Los molinillos y los pitos. Todos juntos. Y los espantamoscas y las trompetas.

El chiquillo era pajizo de pelo, con una piel que podía ser morena o sucia. Tenía los ojos claros y le sonreía.

Dudó un instante. Quizá llevaba un petardo en el bolsillo o una bomba. No había que fiarse de esa cara de ángel sucio. Aquel niño pequeño crecería pronto y se

llamaría dentro de dos o tres años Pifas, o Búfalo, o Porro.

—¿Cómo te llamas?

—Cuco.

—Pero eso no es un nombre —gritó exasperado—. ¿Es que no os bautizan ahora a los chicos?

—Sí, señor. Quiero decir que me llaman Cuco en mi casa. A mí me han bautizado y me llamo José.

—Pues es un nombre bastante más bonito que ese de Cuco. Bueno, de todos modos te llamaré Cuco. Lo de José, casi no te pega. ¿Qué querías?

—Verlos todos juntos.

—Hala, pues. Pero no tocar. Al tanto.

Le llevó de la mano a la habitación que él llamaba taller. Ya tenía preparada la mitad de la mercancía y la otra mitad la dejaba para después de la cena. El Cuco miraba con ojos muy abiertos y las manos en la espalda.

Vicente se sintió crecer. Era la primera vez que alguien —aunque ese alguien fuera un chico de seis años— entraba en ese cuarto. Después del hermano muerto, nadie se interesó por lo suyo. Ahora tenía una habitación exclusivamente destinada a su trabajo y él mismo instaló unos estantes en donde se amontonaban las cañas, los papeles de colorines, la cola, los pinceles... Era un verdadero taller y Vicente se sentía más artista que artesano. La rueda de paja, donde prendía las cañas de su mercancía, estaba a medio llenar y reposaba sobre una mesa.

Cuco se aproximó sin mover las manos de la espalda.

—¿Qué? ¿Te gusta?

El chico no abrió la boca pero afirmó con la cabeza. Se volvió luego hacia Vicente y le sonrió.

—Puedes coger uno. ¿Qué quieres? ¿Un pito?

El chiquillo negó con la cabeza.

—Pues elige lo que prefieras —dijo Vicente—. Un espantamoscas (en verano van muy bien) o una trompeta. Mira. El molinillo también es bonito y las ranas. ¿Has visto las ranas?

Le enseñaba una pequeña pieza metálica que, presionada entre los dedos, emitía un sonido parecido al croar de la rana.

—Toma una rana.

—No.

—Caray con el chico. ¿Pues no te gustan?

Asintió con la cabeza.

—Entonces. No voy a cobrarte nada. Te lo regalo —dijo Vicente.

—No es eso.

—Pues qué.

—Los grandes dicen que estas cosas hacen marica.

Vicente tenía una trompeta en la mano e iba a acercársela a los labios, y soplar

para ver si tentaba al chico. Le amenazó violentamente con ella y le chilló:

—Conque marica, ¿eh? ¿Conque hace marica jugar con lo que han jugado todos los chicos? ¿Sabes tú lo que quiere decir eso de marica?

El Cuco se le quedó mirando y algo atemorizado repuso:

—Sí, señor. Marica es como decir *gallina*.

A Vicente no se le ocurrió sonreír.

—Pues ni gallina ni narices. Un pito es un pito y nada más que eso, lo mismo una trompeta o un espantamoscas. Si yo te dijera lo que me parecen esos grandullones del pasaje...

Se sentó y empezó a recortar flecos de colorines.

—Carne de presidio —murmuró por lo bajo—. Y de maricas, ya lo veremos.

El Cuco se le sentó al lado, en el suelo, y cuando le vio más apaciguado le preguntó:

—¿Puedo jugar aquí?

—¿Aquí? Aquí no hay chiquillos. Te aburrirás.

—Usted me prestará un pito o lo que quiera y yo jugaré mientras usted trabaja.

—No te atreves con los ganapanes del pasaje, ¿eh?

El Cuco movió otra vez la cabeza negativamente.

Fue como si una nueva etapa empezara en la ya vieja vida de Vicente.

Tenía prisas por llegar a casa. Se dirigía a la cocina, calentaba dos vasos de leche, les echaba un chorro de Malta y desenvolvía el pastel o el bollo que compraba cada tarde para el Cuco. Entonces se ponía a escuchar. Trabajaba algo nerviosamente mientras aguzaba el oído, pronto a levantarse en cuanto oyera el timbrazo. Al timbre sucedía el ruido de los nudillos del Cuco, señal convenida entre ellos, y entonces le hacía entrar, le daba la merienda, que bien podía ser antecena por la hora, se sentaban en el taller y emprendían la tarea. El Cuco recortaba flecos y probaba los pitos. Se entretenía soplando dentro de todos los juguetes fabricados por el viejo y reían los dos. Las risas del chiquillo se mezclaban a veces con los cantos de las vecinas y los gritos de los grandes en el pasaje. Y no le molestaban aquellos ruidos. El Cuco y él hablaban de mil cosas y se reían lo suyo cuando algún canario salía ronco, y cuando a la rana le daba la gana de cantar. El Cuco aprendió también a sujetar los molinillos en el armazón de paja, que era redondo como una gran corona, y cuando estaba lleno de juguetes, parecía un gran canasto de flores agitándose al viento.

Así hasta aquel día.

El día en que el Cuco no vino. Las comadres estaban calladas y en el patio de las cocinas sólo se escuchaba el ruido de las cazuelas. Algo muy extraño le subió por las manos y recordó las hormiguillas de Simón. Se asomó a la ventana y pudo darse cuenta de que los chiquillos no jugaban. Sentados sobre el muro del pasaje, hablaban en voz queda.

Oyó el timbre y un júbilo miedoso asaltó su corazón. Sería el Cuco y se lo contaría todo. No. Era la portera. Venía a decirle que había ocurrido una desgracia, una gran desgracia y que los vecinos se unían para comprar una corona.

Centenares de hormiguillas invadieron el alma de Vicente, que no se atrevía a preguntar, a quien no le quedaba voz para preguntar. La portera aclaraba:

—Ha sido en casa de esos chicos, ya los conoce usted. El que llaman Pifas y el Cuco y la Maricola... La pelota se fue a la calle, el chico salió tras ella y en esto daba la vuelta el autobús. Quedó allí mismo, como...

Vicente pudo murmurar un nombre.

—El Cuco.

—No. No fue el Cuco. Fue el mayor. Ese que le llaman Pifas. Yo venía a decirle... Todos los vecinos han dado algo para la corona. Pensé que debía avisarle.

—Sí, claro.

Vicente asentía y sacaba unas pesetas del bolsillo, sin contarlas. Le alargaba un puñado de pesetas a la portera y le temblaban las manos, y quería estar solo por miedo a ponerse malo ante la mujer.

—Gracias, señor Vicente —dijo ella—. Los padres están como locos. Es todo cuanto puede hacerse.

Entonces, cuando la portera se hubo marchado, se sentó frente a la mesa, escondió la cara entre las manos y se echó a llorar. Sentía flojera en las piernas, como después de pasado un gran peligro, y lloró un momento sin saber demasiado el porqué. Cuando sonó el timbre por segunda vez se secó los ojos y se encaminó hacia la puerta. La abrió y allí estaba el Cuco, con la cara muy limpia o quizá algo más pálido que de costumbre. Le acompañaban el Porro, el Búfalo, Maricola y otro pequeño que nunca había visto.

—Veníamos... —dijo el Búfalo.

Le temblaba un poco la voz y las comisuras de los labios no le obedecían.

El Cuco prosiguió:

—Queremos regalarle una corona a Epifanio. Hemos recogido cien pesetas pero no sabemos si es bastante. ¿Cuánto nos costará una corona muy bonita, señor Vicente?

Él, nunca compró una corona de muertos. No cayó en el detalle y sus padres, e Hilarión, y hasta el mismo Simón, se fueron de este mundo sin una triste flor.

—Pues veréis. Yo creo que todo depende del tamaño. ¿Una corona como qué, queréis?

La rueda de paja a medio llenar, con sus molinillos y sus pitos, descansaba sobre la mesa del taller. El Búfalo la miró y dijo:

—Así, como ésta de grande.

Entonces el Cuco y Vicente se miraron y se comprendieron, pero Vicente no se atrevió a decir nada por si el Pifas se ofendiera y los *otros* le trataran de marica, por gustarles los molinillos de papel.

—Yo creo —dijo el Cuco— que no tendremos bastante dinero para una de flores. Y a Epifanio le gustaban los pitos de canario. Él, recogió el del primer día. ¿Se acuerda, señor Vicente? A él le gustaban, pero tenía miedo.

El Búfalo y el Porro no decían nada. Maricola se acercó a Vicente y le dijo:

—¿Por qué no le haces una corona muy bonita a mi hermano?

El Búfalo y el Porro dijeron entonces que con unas cintas y los nombres de todos parecería una verdadera corona de muertos y no se marchitaría tan pronto. Ellos irían a comprar las cintas. Y un poco de purpurina para los nombres de los chicos del pasaje.

Vicente se sentó y se puso a la tarea mientras el Cuco le ayudaba, y Maricola y el otro pequeño se sentaban en el suelo. Maricola decía que al Epifanio se lo llevarían al cielo en un coche blanco y que allí se estaría unos días hasta ponerse bueno, y luego volvería con el mismo coche.

Cuando el Búfalo y el Porro regresaron con la cinta de seda blanca, Vicente preparó la purpurina y se dispuso a pintar los nombres.

—¿Qué nombres ponemos? —dijo con el pincel en alto.

—Victoriano, Miguel, Eugenio, Jesús.

Vicente pensó que el Pifas, aquel Epifanio que descansaba para siempre de sus juegos, no reconocería a sus amigos. Mojó el pincel en la purpurina y fue escribiendo:

«En memoria de Pifas, sus amigos: El Búfalo, el Porro, el Gallito, el Plancha, Royo, Buchi, Cuco...». Seguían hasta dos docenas.

Por la tarde del día siguiente, fue el entierro.

Sobre el coche blanco, una caja no muy grande del mismo color. Y flores. Y una rueda muy grande, de paja, en donde Vicente prendió lo mejor de su mercancía.

Siguieron a pie hasta el camposanto y al volver a casa el viejo se sintió muy cansado. Aquel gran silencio era insoportable. Abrió la ventana que daba al pasaje y lo vio desierto. La volvió a cerrar y se sentó frente a la mesa de trabajo.

Hacía muchos años que no rezaba y aquella tarde, el cura dijo no recordaba qué cosas sobre la voluntad de Dios. La voluntad de Dios era que el pequeño Pifas muriera y él, el viejo Vicente, continuara en vida. De un tiempo a esa parte le daba por hablar en voz alta, a solas, buscando quizá compañía. Murmuró:

«Señor, que estoy muy cansado. No te olvides de mí. Tengo, hace años, los pulmones secos y sin embargo todos me toman la vez. Señor, si de nuevo envías tu ángel, mira que no se equivoque».

Se pasó el dorso de la mano por los ojos y sorbió la moqueta.

Cuando el Cuco llamó a su puerta lo encontró probando unos pitos. Se sentó a su lado y empezó a cortar flecos de colorines para los espantamoscas.

SALOMÉ

Cuando le destinaron a aquel pueblecito, de coadjutor del viejo párroco, Mosén Donato, curita lleno de celo apostólico y de ideas modernizantes, ignoraba gran parte de la vida. La vocación vino a él muy joven, de niño casi. Sus luchas fueron simples pruebas, zancadillazos del demonio que le quería para sí. Donato salió triunfante de los burdos manejos del enemigo, y con mansa paciencia fue ascendiendo los peldaños que iban a conducirlo hasta aquel pueblo, sito a orillas del mar, bendecido por un clima suave y por una belleza sensual, de fotografía. Tan bello que le hizo exclamar, ya de sobremesa con el párroco:

—Este lugar es un pequeño Paraíso.

Un suspiro entreabrió los finos labios de Mosén Eladio. Luego salió la voz:

—Sí, hijo mío. Un paraíso, como tú dices. Y con más de una serpiente. No te olvides.

Mosén Donato se ruborizó por la sencilla razón de que los colores le subían fácilmente al rostro. No creyó oportuno pedir explicaciones en aquel momento.

—Todo es molicie en este pueblo, hijo mío —prosiguió el párroco—. Todo es molicie y relajamiento. Suave el clima, suave la costa, dulce y regalada la campiña y blandos los habitantes. El soplo del enemigo se halla prendido en el mismo aire que respiramos, en el pecho de las mujeres, en el piar de los pájaros y bajo los algarrobos.

Mosén Donato no entendía gran cosa de árboles y se dijo que quizá, en aquella región, el algarrobo fuera el más común y por tanto se adjudicaba el papel del Árbol de la Ciencia del Paraíso. De todos modos, tampoco pidió aclaraciones.

—Fíjate en los algarrobos —proseguía el párroco en vena oratoria e imponiéndose el deber de instruir al recién llegado—. Fíjate en los algarrobos, hijo, y te darás cuenta.

La casa rectoral tenía sus ventanas orientadas a la campiña. Los algarrobos crecían achaparrados, arrastrando sus primeras ramas casi a ras de suelo, con desfallecimiento.

—Muy hermosos —dijo Mosén Donato, por decir algo.

El párroco dio un golpe en la mesa con su puño cerrado. Fue un movimiento de santa indignación, a buen seguro, pues acto seguido tamborileó con sus dedos la recién herida mesa, como si disimulara y apostrofó:

—No digas eso. Cuando escuches las confesiones, te darás cuenta de lo culpables que son esos árboles del infierno. De buen grado los arrancaría hasta las raíces, si yo mandara algo en este pueblo.

—Por cierto, padre —dijo entonces el joven coadjutor—, podría usted...

Lo de los algarrobos, sugería a Mosén Donato ciertos aspectos de su ministerio sobre los cuales deseaba instruirse antes de tener contacto con los feligreses. Se dijo que era mucho mejor saberlo todo, desde el principio, de labios de Mosén Eladio, que poco a poco y a través de las habladurías del pueblo. De aquellos viejos y santos labios las cosas más sórdidas saldrían probablemente tamizadas, virtuosamente tamizadas, perdiendo algo de su venenosidad.

—Pues verás, hijo mío.

Y se extendió largo y tendido el viejo Mosén Eladio, sin descubrir secretos confesionales, poniendo al corriente al recién llegado de cuanto era *vox populi* y podía decirse sin caer en la maledicencia.

Para último lugar se reservó el tema «Salomé». El tema que atenazaba su cansado corazón de misionero de almas.

—Detrás de ella, hijo querido, he ido largos años. Pero hoy por hoy, el Señor se ha mostrado sordo a mis súplicas, oraciones y sacrificios.

Salomé era el pecado viviente del pueblo. Todos conocían su culpa, aunque jamás arrimara por la iglesia y mucho menos por el confesionario. Salomé vino de la ciudad al pueblecito muchos años atrás. De buena tinta —nada menos por María de las Angustias, la propia hermana de Salomé, que moraba en la ciudad y era soltera y beata— sabía don Eladio que Salomé no era cristiana. No había sido bautizada, vivía en concubinato con un hombre que no creía en Dios —igual que ella— y tuvo seis hijos de ese hombre que tampoco pasaron por la pila de la iglesia. La conversión de la familia, de aquella Salomé, la tenía el párroco metida entre ceja y ceja, y le impedía morirse tranquilo.

—Quizá yo no lo consiga —dijo tristemente—. Y te paso esta alma. Si conquistas a Salomé, has conquistado a todos los de aquella casa. Todos miran por sus ojos. A ti te la confío, pues, según parece, Dios quiere negarme este postrer triunfo.

La historia de Salomé fue desvelada, por el párroco, a renglón seguido.

Ella y María de las Angustias, la hermana de la ciudad, quedaron huérfanas de padre y madre, recién nacidas. Un vecino piadoso se hizo cargo de María de las Angustias y otro vecino, cuyos caritativos sentimientos se veían afeados por su falta absoluta de creencias, se hizo cargo de Salomé. La chica creció como los salvajes, sin Dios ni religión. «Dicen que era hermosa como un sol —comentó débilmente Mosén Eladio—. Aunque yo no pueda decirte gran cosa sobre ese liviano hecho. Y a los veinte años conoció a su... bueno, al hombre con quien vive en asqueroso concubinato».

Mosén Donato tampoco encontró respuesta, comentario adecuado a tamaña contravención de los divinos mandatos. Salomé, cuyo nombre era ya una invitación a la lascivia, quedó catalogada en primer lugar de su libro de almas, esas almas por las cuales él daría gustoso la sangre de su cuerpo si preciso fuera.

Creyó oportuno zanjar la conversación con el párroco y tomó la puerta de la rectoría. Bordeando los algarrobos, fue a arrodillarse ante el altar de la parroquia y pidió por los desconocidos feligreses, por los males del pueblo y muy encarecidamente por la Salomé aquella, que vivía en pecado.

El pobre Mosén Eladio entregó, al año siguiente, su alma a Dios y para aquel entonces, el nuevo párroco, Mosén Donato, ya sabía mucho de la vida del pueblo, a través de sus ojos y más aún a través de sus oídos.

Como medida higiénica optó por pasear la cena y cada anochecer, armado de un bastón, iba de algarrobo en algarrobo golpeando las ramas bajas. Las parejas salían de allí, asustadas, preguntándose el por qué de aquella intromisión. Mosén Donato cerraba los ojos, no fuera a descubrir algo inconveniente, y rezaba en voz alta a la par que hurgaba bajo los árboles con su bastón. No pretendía con ello curar todo el mal, sino aliviarlo en suma. Por lo menos que no se metieran bajo los algarrobos circundantes a la rectoría. Se le antojaba que pecar allí era mucho más pecaminoso que pecar en cualquier otro sitio, como robar en la iglesia era peor que hacerlo en la tahona.

Por lo demás convino que el aburrimiento era muy culpable de aquella flojedad de costumbres e hizo cuanto estuvo en su mano por luchar contra la dulzura del aire, la belleza de los atardeceres y el canto enervante de los grillos.

Creó distracciones para la gente joven: un cine que amortiguara la tentación de acostarse bajo los árboles y un equipo de fútbol. Él mismo había sido un entusiasta del deporte al que atribuía no pocas victorias sobre el enemigo y tomó parte entre los *once* para predicar con el ejemplo.

Fue un éxito.

Mosén Donato, con la sotana abierta, recogidos los picos por detrás para tener soltura en los movimientos, era algo digno de verse. De los pueblos vecinos se le llamaba para jugar, con ellos o contra ellos, y la región, en conjunto, ganó con el deporte lo que no había ganado, hasta entonces, con penitencias y exhortaciones.

Mosén Donato sudaba el quilo debajo de su sotana, pero aquello no era importante. Lo importante era que los mozos se desfogaran y sudaran parte de sus malas intenciones. Como índice de moralidad tenía el confesionario. Ya no se pecaba tanto, o por lo menos se hacía a otras horas. Vamos. Ya no se pecaba a cualquier hora del día y acortar el tiempo de pecar era un triunfo. Por algo debía principiarse.

Luego hubo el capítulo de los casados. Para ellos ni el cine ni el deporte tuvieron influencia alguna. Encontrar distracción para los casados jóvenes, medianos y viejos (los jóvenes y los viejos eran los menos importantes) era cosa de estrujarse mucho las meninges, de pedir a Dios iluminación y gracia. Los que pecaban lo hacían siempre por partida doble, pues al no haber prostíbulo en el pueblo, pecaban con casadas. (Las solteras preferían pecar con los mozos).

Y no era cosa de olvidar el capítulo de los borrachos. A los borrachos les importaba un pepino el fútbol o el cine. Los borrachos sólo querían vino y Mosén Donato no estaba dispuesto a dárselo. Pensó en unos billares, en salas de lecturas, en juegos de cartas... Hizo cuanto pudo, aunque se confesó impotente. El problema de los casados y de los borrachos era peliagudo. Uno de esos problemas con que el Señor le humillaba para que la soberbia no se apoderara de él y pudriera, de antemano, sus mejores intentos.

Y luego, Salomé.

Salomé iba para vieja y cuando la conoció, cuando osó posar sus ojos en ella creyendo recibir el aliento del demonio y descubrir en su rostro el compendio de las taras existentes, se quedó pasmado.

Limpio aquel rostro del menor afeitado, recogido el cobrizo pelo en un rodete de trenzas, pulcra y sencilla, Salomé respiraba pureza. Al verla creyó comprender una nueva añagaza del enemigo, que trocaba en bondad el vicio para mejor burlarse de él.

Salomé era fiel, amada por el hombre con quien cohabitaba, respetada por los hijos —los que vivían con ella y los otros, los casados— y adorada por los nietos.

Salomé no tenía más ojos que para los suyos: el hombre que la amaba, los hijos y los hijos de éstos.

Salomé ayudaba a las vecinas, daba limosna al pobre y cuidaba al enfermo menesteroso.

Al verla no pudo menos que evocar las santas mujeres de la Biblia y rechazó este pensamiento por parecerle una nueva cabriola del demonio.

Salomé era discreta, poco habladora y nada chismosa...

¡Dios del alma! A Salomé sólo le faltaban unos cuantos sacramentos para ser una santa y eso, como Dios vivía, que él, Mosén Donato, había de lograrlo. Así se perdiera él, tenía que conseguir esa alma.

Y a partir del día en que llegó a esta conclusión se aproximó a la pecadora, pues se le antojó el único camino para convencerla.

Le nacieron canas en aquel empeño, al pobre Mosén.

Los años pasaban y Salomé era ya una viejecita semiimposibilitada en su casa. Por las tardes iba a visitarla y le hablaba de Dios. La mente de Salomé más fuerte, más voluntariosa que el cuerpo, seguía negándose.

—Padre —le decía—. Yo no sé lo que es Dios. Yo creo únicamente que hemos de amarnos los unos a los otros y ayudarnos más allá de nuestra medida. Que hemos de cumplir con las obligaciones que nos salen al paso y aceptar los contratiempos, el infortunio, con serenidad.

Mosén Donato cerraba los ojos para no dejar ver el brillo de las lágrimas. Dios debía hacer algo. Nunca como en aquellos momentos se sintió atacado en su fe, en su confianza. Dios no podía rechazar sus plegarias ni el alma que iba a escapársele por falta de unos sacramentos.

Le llamaron una noche.

Fue el más joven, el único que aún quedaba soltero en la casa.

—Mi madre está muy mala, padre. Dice que si quiere venir a verla.

¡Cielos santos! Si quería. Le temblaban las piernas al pasarlas por las perneras del pantalón y no acertaba a abrocharse la sotana.

—Ha venido la tía —prosiguió el joven—. Tía Angustias dice...

—Deja estar a tu tía —atajó el cura mientras se proveía de todo lo necesario por

si un acaso.

Eran tantas las cosas, que en aquellos momentos tuvo miedo de olvidarse de algo. Se preparó como un cirujano y cuidadosamente iba enumerando: «El Crisma, las Sagradas Formas, los Óleos».

—Quiera Dios que no me deje nada —dijo al cerrar la puerta de la rectoría.

Cuando penetró en la casa no vio más que rostros descompuestos y ojos enrojecidos.

La hermana de la ciudad, María de las Angustias, al besarle la mano suplicó:

—Padre, por Dios, que mi hermana irá derecha al infierno si usted no la salva.

Mosén Donato sacudió la mano, que tan alevosamente se había apoderado de la suya, y repuso:

—Haga el favor de no decir sandeces.

Luego, mansamente, entró en el cuarto de la moribunda.

—Padre Donato —dijo la voz de Salomé.

Él tenía ganas de llorar, de arrodillarse ante la cama y de pedirle perdón.

—Padre —repitió la voz de Salomé—. No llore. Venga, acérquese. Me cansa mucho hablarle.

Se acercó a ella. No podía con su moqueta y sacó el pañuelo. Aquello era absurdo.

—Hábleme de Dios, padre.

La alegría que Dios le proporcionaba en aquel momento fue tan brutal que le hizo caer al suelo de rodillas, como un nuevo Pablo en el camino de Damasco.

—Padre Donato, he pensado muchas veces en lo que usted, tantos años, lleva diciéndome y me pregunto si no es Dios, ese Dios suyo, quien me ha hecho tan feliz. Quizá sea tarde, pero si de Él viene todo cuanto he tenido en esta vida, quisiera darle las gracias. ¿Qué debo hacer, padre?

Mosén Donato se lo dijo a través de una voz enronquecida por la emoción. Y mientras Salomé, humildemente, confesaba sus culpas, el sacerdote creyó estar escuchando pecados de recién nacido. Pequeños pecados que en nada habían ofendido al Señor.

En presencia de los suyos le administró el Bautismo y seguidamente la comunión. Pasaron luego al ritual del matrimonio y se rió Salomé, entre sus sábanas, cuando Mosén Donato le preguntó si quería a su Hilario por esposo.

Terminó su sonrisa en el cielo mientras le daban los santos Óleos.

Salió de la habitación después de haber colocado el crucifijo entre las manos de la muerta y proporcionado palabras de consuelo a los que lloraban por ella. María de las Angustias, la hermana de la ciudad, le acompañaba hacia la puerta de la casa.

—Gracias, padre, gracias —iba diciendo—. Usted la ha salvado. Lo que son los designios de Dios. Mi pobre hermana, encenagada en el vicio durante toda una vida,

muere al fin con la inocencia bautismal. ¿No le parece un milagro?

Creyó percibir una póstuma envidia en las palabras de la infeliz, pero recordando a la muerta repuso mansamente:

—Dios ve hasta el fondo de nuestras almas.

—Padre —insistió la beata con evidente escrúpulo—, usted cree que Salomé...

—Está con Dios —atajó secamente—. No le quepa la menor duda.

Le urgía marcharse de allí. Abrió la puerta de la calle y fue adentrándose en la noche.

EL GAMBERRO

El estudio era vasto.

Situado en la parte alta de la ciudad fue, en tiempos pasados, la cochera de una gran casa. A ras de calle, se entraba en él por una portalada de madera despintada y carcomida. Dos grandes ventanas iluminaban su parte trasera y también recibía luz a través de una claraboya central.

Era difícil abrirse camino en medio del caos reinante en el local y, por otra parte, el hombre no era invitador. En el barrio le llamaban el Artista o el Escultor, aunque pocos fuesen los que se interesaran por sus obras. Algún transeúnte, atraído por el portón semiabierto, se arriesgaba de vez en cuando por allí y le costaba dar con el hombre, perdido entre torsos monumentales, pellas de barro recubiertas con trapos mojados, miembros rotos, caídos de estatuas polvorientas, y gigantescas telas de araña que, al menor soplo de aire, se balanceaban cadenciosamente como fantásticos cortinones.

Era muy viejo *el artista*. Las horas pasadas ante su trabajo le habían deformado los pies y espina dorsal. Andaba muy despacio, muy penosamente —más cuando subía la cuesta— y muy encorvado.

En el barrio, desaparecidas las suntuosas moradas particulares rodeadas de jardín, se edificaban modernos inmuebles. El viejo estudio parecía condenado a desaparecer y el hombre, sabiéndolo, se daba prisas por lograr «aquello» que aún no había conseguido.

Sus visitantes más fieles eran los albañiles y la chiquillería. Los primeros, porque en el estudio del viejo artista encontraban todo cuanto podía necesitarse en un caso de emergencia —yeso, piquetas, raederas, paletas, lengüetillas, etc.— y los niños, porque el viejo tenía paciencia con ellos y contestaba el sinfín de preguntas sugeridas por el desbarajuste que reinaba en el recinto, por el desorden y la anarquía de los muchos trastos allí amontonados.

El viejo llegaba a cualquier hora del día o de la noche.

Se ignoraba totalmente dónde moraba y en compañía de quién. No tenía horas fijas para el trabajo, pero siempre llegaba a él con su merienda envuelta en un grasoso papel de periódico. Aquellos papeles e infinidad de otros tapizaban los suelos del estudio y las pisadas, dentro del recinto, sonaban crujientes, en un perpetuo otoño de hojas secas.

Por el suelo también, montones de revistas y trapos de colorines diversos. Los chiquillos se volvían locos por aquellos trapos. Eran viejos trajes de los modelos que desfilaron por el estudio. El polvo, los años y el abandono los habían ajado, pero a los chiquillos no les importaba. Se disfrazaban con ellos, correteaban por el barrio y regresaban luego, a devolverlos religiosamente a su propietario.

—Dejadlos. Dejadlos allí —decía el hombre viejo.

Allí, era en cualquier parte del suelo.

Los chiquillos se despojaban de la túnica griega, del peplo o de la clámide y, al

revés de lo que era usual en otros lugares —en sus casas, en casa de los amigos—, lo dejaban echado en el suelo, en donde, al día siguiente, volverían a encontrarlo. Zapatos viejos los había a montones y tocados, de toda suerte. El Artista permitía *todo* a los pequeños, todo menos que le destrozaran los largos cortinones de telarañas. Exigía sumo cuidado con ellas.

—Cuidado con las telarañas —les decía.

Colgando del techo y de las paredes del estudio, se encontraban cortinas de aquella especie, en diversidad de planos y direcciones.

—La luz de la claraboya es demasiado cruda y no hay mejor visillo que la telaraña.

Y los chiquillos, cuando pasaban cerca de ellas, se agachaban, andaban con prudencia para no mover demasiado el aire. Iban con tiento y respeto, pues no estaban acostumbrados a respetar cosa tan extraña como aquélla. Cuando llegaban a sus casas cubiertos de polvo, perdidos de suciedad, la madre les decía:

—Pero, gorrinos, ¿dónde habéis estado metidos?

Y los chiquillos, sin saber por qué, intuitivamente, no contestaban la verdad. La madre no lo comprendería nunca. La verdad de la madre era ofensiva para el hombre que contestaba a sus cientos de preguntas, les dejaba disfrazar con sus tesoros y decía cosas tan raras, tan raras, que sólo ellos, los chiquillos, eran capaces de comprender. Los pequeños del barrio echaban las culpas de su gorrinería al desmonte, al polvo de las obras en construcción, a los albañiles o a cualquier cosa. Pero del Artista, ni una palabra. No hubieran podido dar razón de su silencio, pero era así. Cuando por las mañanas veían a la madre afanada en pasar la bayeta por el suelo, sacudir el trapo del polvo y perseguir invisibles telas de araña por los techos y paredes, pensaban que era mejor callarse. Resultaba muy difícil hacer comprender a una mujer que la luz del mediodía era, en ciertos casos, demasiado cruda, y por lo mismo se callaban, y en su tácito silencio no había mentira.

El viejo artista no era un fracasado.

No tenía al menos la amargura del fracasado. Muchos años atrás, cuando era joven y sus pies y su espinazo estaban intactos, ganó un premio importante del Ayuntamiento. Gastó en aquella obra todos sus ahorros, la modeló en barro, la fundió en bronce y loco de alegría, una alegría joven e inocente, la regaló una vez premiada. La obra no llevaba túnica ni clámide ni peplo. Se titulaba *El gamberro* y era la escultura de un muchachote sano y fuerte vestido de harapos. El Ayuntamiento no supo dónde ponerla, pues no era representativa de nada de la ciudad, y quedó arrinconada en cualquier sótano hasta que alguien innominado y rico la compró, pagándola bien, sin que ninguno de los duros pagados por ella llegara a manos del Artista.

El escultor premiado tuvo, como única satisfacción, la de saber que su trabajo era excelente pero que el Ayuntamiento, la Municipalidad o cualquiera de esas entidades que fomentaban el arte, necesitaban obras que representaran *algo*: *El Comercio*, *La*

Navegación, La Industria, La Justicia...

No echó en saco roto la lección y, desde entonces, todos sus esfuerzos se orientaron en este sentido. Colosales estatuas, en barro, se alzaban a lo largo y a lo ancho del estudio. Enormes matronas, cuyos pechos parecían destinados a la boca de los titanes. En su mente desapareció el sentido de la proporción, pues no veía más que espacios libres, amplios, en donde sus esculturas tendrían razón de ser y significado. Cuando llegaba el momento de darles su forma definitiva, en bronce o en mármol, no tenía dinero.

Aquello no le detenía e iba creando. A veces un transeúnte, un extranjero, un curioso, caía por el estudio y a la vista de sus gigantescas obras le preguntaba:

—Pero esto, ¿dónde cabe? ¿Dónde ha de ir?

El hombre tenía sus estatuas dentro de él, repartidas por toda la ciudad. Aire libre y cielo era todo cuanto requerían sus obras. Lo único que faltaba era el dinero para el bloque de mármol o la fundición de bronce.

—Ya veo —decía asombrado el visitante—. Esto es bueno, muy bueno... ¿No podría usted hacerlo más pequeño, para un rincón de una casa particular? Una entrada...

Cerca de una de las ventanas del estudio, verdosa por los años, una pequeña cabeza de niño fundida en bronce, parecía aguardar no se sabía qué.

—Esto es muy bueno —repetía el transeúnte emocionado.

—Fue un encargo, pero no gustó. Me lo dejaron de cuenta y aquí está.

—¿Lo vende?

—Sí. Depende de lo que pague por él.

Le ofrecieron precios razonables, superiores incluso a su valor. El artista negaba con la cabeza.

—No tengo bastante. Necesito tanto para fundir mi *Navegación*. —A veces decía mi *Justicia* o mi *Comercio*.

—¿Entonces usted trabaja porque sí? —preguntaba sorprendido el visitante.

Y a partir de aquel momento de la conversación, el escultor empezaba a decir cosas raras que sólo comprendían los chiquillos.

—Tampoco usted podría explicarme por qué y cómo respira. Piénselo y verá cómo le duele el pecho. A mí, también me duele.

Las rodillas le aguantaban apenas y sin embargo fue a la Exposición.

Ascendió la ancha escalinata del Ayuntamiento, ayudado por la baranda y por una mano amiga, y llegó a las salas donde se exponían las obras maestras de los últimos tiempos.

Su acompañante era pobre como él. Sus amigos, los que gustosamente le prestaban atención, apoyo, eran pobres. Le acompañaban gustosos, le ayudaban a subir al tranvía y las escaleras. Ya era suficiente. Una vez en las salas se olvidaba del resto.

Un bedel, impecablemente uniformado, paseaba con ojo avizor procurando preservar los tesoros expuestos del instinto primario de los visitantes. No bastaban los letreros de «NO TOCAR». Las manos se iban tras los ojos y señorones muy dignos tenían además de chiquillo, y acariciaban el objeto, la pintura y la escultura como si de aquel instintivo roce naciera, una mejor comprensión del arte, un mayor aproximamiento hacia el artista.

En medio de la gran Sala Central, en el mejor lugar de la Exposición y sobre un zócalo de mármol negro se alzaba una escultura magistral. El viejo artista y su amigo se aproximaron a ella. Cambió la expresión del viejo, se le iluminaron los ojos y exclamó:

—Mira, Vicente, mi *Gamberro*.

Allí estaba, cedido en la ocasión por el actual propietario. Hacía muchos años que el escultor, al donarlo, lo perdió de vista y el inopinado encuentro le produjo una alegría dolorosa, un daño en el pecho semejante al que causa el aire en los pulmones del recién nacido.

—Mi *Gamberro* —exclamaba amorosamente.

Pasó sus dos manos por los muslos soberbios, de pulido bronce. Recordaba cada músculo y cada girón de vestidura. Recordaba los tufos de vello que se escapaban de la camisa, abierta sobre el pecho, y el rostro impenitente del modelo.

—Mi *Gamberro* —decía acariciándolo.

—No toque.

La voz estalló casi en sus oídos y le asustó. Se quedó con la mano sobre el frío metal, que de pronto empezó a abrasarle.

—Quite esas manos, le he dicho.

El viejecito temblaba. Su acompañante, su amigo Vicente, temió que se cayera o quedara muerto allí, en medio de la sala, a los pies de *El gamberro*.

—Perdone, señor —le dijo—. Esta escultura es... Él —y señaló al viejo—, él es el artista, ¿comprende?

—No importa.

—Pero si es de él —insistía el amigo.

—Esta escultura pertenece a Fulano de Tal y actualmente está en el Ayuntamiento. Ya no es suya.

Vicente tomó al Artista del brazo. Le costó mucho despegarle de allí. El viejo andaba como fundido en un bloque de mármol o de bronce. De una pieza, como si no tuviera articulaciones.

—Vamos —susurró el acompañante lo más dulcemente que pudo—. Ha sido un error venir. No debí aceptar. ¿Por qué has querido venir? —preguntó al fin, dolido del dolor ajeno—. ¿Qué puede importarte ya todo esto?

El viejo artista se había repuesto. Andaba despacito y se dirigió lentamente hacia las otras obras. Cuando pudo recobrar el habla le contestó:

—Es bueno sufrir. Así se da uno cuenta de que no está muerto.

FINAL DE TRAYECTO

Los chiquillos empezaron a llamarla la Mona, porque al anochecer, cuando regresaba de la ciudad, iba dando traspiés por las calles peladas del suburbio.

No era vieja del todo, pero al llegar la noche las copas, o el cansancio, la plegaban en dos. La cara hinchada y fofa, la bamboleaba a cada paso y el capazo se le escapaba de las manos temblorosas.

El vino estaba en ella sin justificación ni motivo. Era borracha del mismo modo que era baja y robusta, y bebía sin haber tenido jamás desengaños amorosos, malos ejemplos o siquiera una infancia desdichada a quien culpar de su beodez. El vino le gustaba con delirio y, para agenciárselo, no le importaba trabajar como una burra, en las faenas más ingratas, o venderse por una peseta cuantas veces fuera necesario.

A los dieciséis años tuvo su primer hijo. Después, otros muchos. La mayoría de ellos se le iban muriendo y entonces lloraba unos días y bebía, algo más que de costumbre, para olvidar. Iba al hospital para dar a luz y, al convertirse en asidua, los hijos viables fueron asilados y olvidados totalmente por la madre que confundía fechas y nombres. Ni ella misma hubiera sido capaz de decir cuántos hijos echó al mundo.

Cuando nació la niña rubia, tendría cerca de los cuarenta años.

A la niña rubia no la quiso abandonar. En el hospital le tendieron los documentos, como en tantas ocasiones, para que los firmara renunciando a ella, pero la Mona no quiso firmarlos. Miraba a la chiquitina con sus ojos negros y lacrimosos, y sonreía. Las monjas no acertaban a comprender la sonrisa de aquella mujer con varios hijos en el cementerio y otros tantos en el asilo. Creyeron que algún recuerdo sentimental —cosa que nunca había sucedido— la ligaba a la criatura y, al preguntárselo, la Mona negó rotundamente como si la acusaran de una indecencia. ¿El padre?, desconocido como todos. Si era o no rubio, eso a ella le importaba un bledo. La niña era bonita y la llamaría Inés, igual que ella. Y cuando fuera mayor...

Las monjas trataron de disuadirla. Ella no era una madre conveniente para la niña rubia. Ella era un despojo, una zurrapa. Los hijos necesitaban alguien que trabajara por ellos, les cuidara y diera buen ejemplo.

La Mona asentía llorando al oír las razones de la Superiora y continuaba negándose a firmar los documentos. La niña rubia había hecho vibrar por primera vez sus sentimientos de madre. Al menos eso decía.

Era todo un problema y la Superiora consultó a los médicos y al capellán. Quizá Dios —dijo éste— enviaba al mundo a esa criatura para redimir a la muy empecatada de su madre. Quizá valiera la pena exponer una nueva vida.

La rubia recién nacida salió del hospital en brazos de su madre.

Y vivió gracias a un cotidiano milagro. Gracias a la piedad de las vecinas y a la casualidad de una naturaleza privilegiada. La Mona tenía a primeras horas de la mañana, unos ratos de lucidez y entonces atracaba a su hija de golosinas, la llenaba

de besos y hacía el payaso hasta verla reír. Por las tardes la abandonaba con la excusa de ir a ganar cuartos a la ciudad. Tenía que ganar el doble de antes para seguir bebiendo. Los dineros destinados a la niña rubia los guardaba dentro de una bolsita que llevaba colgada del cuello. Cuando los hombres le hacían bromas y querían fisgar lo que llevaba dentro, la Mona se enfurecía, aclaraba que eran unos escapularios y que todos los hombres eran unos perros.

Tuvo dos hijos más, varones los dos, feos y negros como ella o como los respectivos padres. También los quiso guardar. Cuando le preguntaron el por qué, alegó que la niña rubia necesitaba compañía y que el día de mañana dos hombres que la defendieran.

Cuando regresaba al suburbio en el tranvía de la ciudad, se dormía en el asiento y roncaba plácidamente.

Los demás pasajeros ni le hacían caso. La figura de la Mona desplomada en su asiento, con la boca abierta, los pelos sobre la cara y las manos crispadas sobre el capacho, les era tan familiar como el paisaje. Ella iba hasta el final del trayecto. No tenía por qué preocuparse ni estar pendiente de las paradas. Al llegar al término, el cobrador le daba unos golpecitos en el hombro y la Mona abría unos ojos redondos, desorbitados, extrañada del lugar, necesitando unos segundos para recobrar el normal enfoque de la realidad y el uso de la palabra.

—Ah, sí. Me he quedado dormida.

Se pasaba los dedos entre las greñas rizadas con permanente y se despedía del cobrador y del conductor. A veces, en su niebla, les tendía la mano y ellos se reían y se la estrechaban, y hasta le hacían una especie de reverencia a la que ella contestaba con un medio bandazo. Por las calles peladas del suburbio y hasta llegar a su casa, iba dando traspiés y los chiquillos le corrían detrás, gritándole su nombre, cosa que le hacía alzarse de hombros y, a veces, cuando el vino le caía mal, murmurar extraños discursos sobre la educación de los hijos.

A Inés, la niña rubia, la llevó a las monjas para que la enseñaran. Cuando la oyó cantar en la iglesia del colegio, creyó que tenía voz de ángel y quiso que le dieran lecciones de canto. Las vecinas le dijeron que mejor sería ponerla a trabajar, conseguir un buen empleo en la fábrica en donde casi todas las mujeres del barrio encontraban quehacer. La Mona, meneaba la cabeza.

—Que no. Que mi niña no ha nacido para fábricas. Que para eso tiene una madre.

Inés no tenía ni voz ni vocación de cantante; en cambio era una rubia imponente. Llevaba atravesada su niñez, su pobreza y su vergüenza de hija de aquella piltrafa. Deseaba olvidarlo todo, huir muy lejos e inventarse una nueva vida. No odiaba a su madre, pero deseaba perderla de vista, alejarse de los dos hermanos zafios, del hogar sin hombre y del vecindario que la había visto nacer. La mejor manera de lograrlo era colocarse. En cualquier comercio de la ciudad la tomarían, aunque sólo fuera por su

presencia.

La Mona no quiso comprenderlo.

—Pero, hija. Yo no quiero que trabajes. Tú, a estudiar. El día de mañana, cuando seas una gran cantante, una gran artista, ya tendrás tiempo de ayudarme.

Inés la convenció de que podía hacer ambas cosas por el momento: estudiar y colocarse de dependienta. Le enseñaba un anuncio. Sólo requerían chicas que tuvieran buena presencia.

Y la Mona comentaba con las vecinas:

—Buena presencia. Si la tendrá ella...

Ya iba para vieja la Mona y tenía que bregar con los chicos, que eran muy brutos. Al mayor lo habían echado de la fábrica por haber afanado unas herramientas y el pequeño andaba con algunos randas mayores que él, de los que se decían muchas cosas y ninguna buena. A veces no arrimaban por casa en todo el día y luego le pedían cuartos a la madre, como si ella fuera todavía la Mona de antes, la que podía trabajar como una bruta todas las tardes en la ciudad, en lo que fuera, y ganar para el vino y para ellos.

Ya no podía venderse. En el fondo, el vicio de la carne no contó nunca gran cosa para ella. Era lo más cómodo, mientras pudo, para ganarse el vino, pero la Mona sabía a ciencia cierta que de los hombres sólo necesitaba los cuartos. Jamás se entregó de balde y si le hubiesen pagado mejor los suelos, no hubiera tenido que rodar por los catres. Lo sabía. La conciencia, en lugar de adormecerse con los años, se le iba afinando.

Por las mañanas la Mona andaba siempre perfectamente serena y entonces se miraba en el espejo y hasta lloraba de rabia, y se llamaba cosas horribles, y se juraba no beber nunca más, porque ya le estaba jorobando que a su hija pudieran llamarla un día *hija de su madre*. Su Inés no era como ella. No era como los dos brutos de chicos. Nada de eso. Inés, elegante con cualquier trapo, podía muy bien pasar por hija de uno de esos señores que ella, la Mona, nunca llegó a conocer. Que ella fuese su madre, era un misterio. Algo casi increíble. Algo que Dios hizo adrede para que ella se avergonzara de su vicio, de ese vino que debía de circularle por el cuerpo en lugar de sangre. Por las mañanas, la mente despejada, formaba mil planes y propósitos de enmienda y luego, a medida que las horas pasaban, la sed se hacía endemoniada, el cerebro se oscurecía, las fuerzas le faltaban y las manos andaban tontas, incapaces del menor esfuerzo. Al primer vaso de vino sucedían otros y así hasta la noche, y con ella el adormecimiento de su vergüenza. Caía en la cama como una muerta.

Al despertar de uno de esos días, se encontró la carta. Inés la dejó prendida con un alfiler en la misma almohada. La Mona, al pronto, no supo comprender.

Que se iba. Que su niña rubia se le iba para siempre y muy lejos.

Se sentó para leerla y tuvo que empezar varias veces para enterarse del contenido. Las lágrimas le ponían nublados ante los ojos, y quizá por eso, no llegaba a descifrarla del todo.

Que se iba. Le decía, sí; le decía que no era culpa de nadie y, por lo mismo, no le guardaba rencor. Quería salirse de la casa, del barrio. Quería olvidarse de todo y nacer de nuevo. Al hombre con quien se marchaba le había dicho que no tenía a nadie en el mundo y por esa razón no le importaba dejarlo todo para irse con él donde fuera. Lo más lejos posible.

En este punto, la Mona sollozó con toda su alma.

Que le enviaría dineros pues se daba cuenta que, a su modo, trabajó por ella. Procuraría ayudarla.

Ni una palabra para los dos hermanos. Aquellos dos golfantes nada tenían que ver con Inés y no la habían protegido.

La Mona se levantó. Iría a encontrar al cura, el que un día pidió que Inés cantara en la iglesia. Suplicaría al cura que escribiera a su hija, que le dijera de volver. Los curas lo podían todo, por poco que se lo propusieran.

Se vistió apresuradamente y, al llegar a la calle, el aire frío de la mañana la dejó sin resuello. Se ahogaba. Las piernas se le aflojaron y tentó las faldas para no caerse. A su alrededor los chiquillos saltaban y reían gritando:

—La Mona, la Mona, tan temprano, va borracha.

Quiso decirles que no. Pidió ayuda y la gente formó corro alrededor de ella con cara de asco. Se cayó al fin y cuando despertó lo hizo en una de esas camas de hospital que tan bien recordaba.

Seguramente estaba allí porque iba a tener una hija. Esta vez no se la quitarían. Sería una niña rubia y se llamaría Inés. La haría estudiar cuando fuera mayor.

Cuando el capellán le hubo administrado los últimos sacramentos, la Mona preguntó con un hilillo de voz:

—¿Y en el cielo nos olvidamos de todo lo malo que hicimos aquí abajo?

El cura asintió con la cabeza.

—¿Y seguimos queriendo a quienes hemos querido?

El cura volvió a asentir.

Entonces la Mona cerró los ojos, como hacía al tomar el tranvía de regreso, y esperó su término.

UN HOMBRE DE DIOS

Apareció un buen día por el pueblo y allí se quedó, huraño con todos, sin querer decir nada —ni siquiera su nombre—, pobre como las ratas, sucio y andrajoso.

Durante el invierno llevaba las melenas largas hasta el cuello y le colgaban, incultas y amarillentas, como la barba. La camisa, o lo que le servía de tal, de color indefinido, le caía sobre unos pantalones sin fondillos y deshilachados por los bajos. En invierno iba envuelto con una especie de manta, para su mayor comodidad atada a la cintura con una soga. Entre sus melenas y sus barbas, su manta, y el enorme cayado que llevaba en la diestra, parecía un hombre sacado de los sagrados textos. Un falso profeta o un iluminado a quien nada interesarán las cosas de la tierra.

Una vez al año, en primavera, se rasuraba por completo y entonces, pelado y sin barbas, era para los del pueblo algo tan insólito como un pájaro desplumado. Se le reconocía tan sólo por las vestimentas, que seguían siendo las mismas, y por su modo de expresarse.

No hablaba. Rumiaba, eso sí, un lenguaje oscuro y atropellado comprensible para él solo. Nadie le entendía y cuando le preguntaban su nombre contestaba algo como Mundo. Mundo y continuaba su camino, indiferente a todos, emitiendo unos sonidos semejantes al habla de los chiquillos. Charlas interminables que, seguramente, explicaban maravillosas historias perdidas para los mayores.

Que se supiera, nunca compró nada en los comercios y se daba por descontado que el Mundo, robaba, vivía de la caridad o del aire. Tampoco se le conocía hogar, sitio donde el hombre se resguardara de los fríos del invierno. Las cuevas existentes cerca de la cantera tenían inquilinos fijos y conocidos. El Mundo no habitaba ninguna de ellas y se hubiera dicho que por las noches desaparecía, volaba quizás hacia la copa de un árbol y allí se adormecía entre las ramas, hecho un ovillo bajo su manta.

A veces entraba en la iglesia y se quedaba en pie, al lado mismo del portal. Cuando alguien intentaba darle unas perras, creyendo que mendigaba, el Mundo agarraba su cayado con ambas manos y se hacía el distraído. Nadie le vio tomar una moneda. En la iglesia permanecía inmóvil como una estatua, sin sentarse ni arrodillarse, atento, ajeno a la curiosidad que despertaba, como un hombre de Dios venido en peregrinaje desde otros mundos.

¿Quién era? Ni él mismo lo sabía seguramente. Su habla quedó estancada en los primeros balbuceos sin que pudiera recordar el motivo. ¿El garrote de su padre? ¿Una coza de caballería? ¿La caída de un carro? Era demasiado pequeño para recordarlo. El Mundo oía, comprendía a medias, y era incapaz de hablar. A sus padres no les recordaba; quizá nunca los tuvo. De acá para allá, sin raíces en ninguna parte, seguido por los chiquillos, aborrecido por las mujeres y despreciado por los hombres, el Mundo seguía viviendo.

Cuando le insultaban, cuando se oía llamar gandul o borracho, lo aguantaba sin protesta. Manejaba su vida como le daba la gana, como los millonarios, mejor que ellos. Le gustaba no hacer nada, levantarse al amanecer, sentarse al borde del camino, contemplar el cielo, los árboles, los animales, comer cualquier cosa, cuando el

estómago se lo pedía, e irse a dormir con las estrellas. Sólo Dios conocía sus pensamientos.

Y cuando llegaba la noche iba a recogerse.

La casa era grande, de las mejores del pueblo, algo alejada y rodeada de tierras de labor. Al lado de los establos, en los altillos de una pieza donde se guardaban los útiles de labranza, contemplando desde arriba las palas, los azadones, las hoces y los picos, allí dormía el Mundo solitario como un rey. A su alrededor se amontonaban los trastos viejos de la casa, mientras las arañas tejían sus redes. En un rincón, una vieja cuna de madera. El Mundo dormía en ella encogido como un feto, con las rodillas tocándole la barba y los brazos replegados sobre el pecho. Salvo el perro, nadie conocía su escondite. Y el perro no ladraba al Mundo, que siempre le traía algo de comer y hablaba un lenguaje distinto de los demás hombres. Un lenguaje que para el perro significaba muchas cosas.

Antes de que los braceros empezaran las faenas del día, antes de que el sol naciera, el Mundo, vestido con su único traje, dejaba el refugio y empezaba su quehacer de no hacer nada.

Se le quiso echar del pueblo porque lo encontraron desnudo al lado del río.

Las mujeres lo vieron y se acercaron. Cuando lo hubieron mirado, bien mirado de arriba abajo, empezaron a chillar como unas locas y a llamar a la guardia civil. El Mundo tuvo la mala ocurrencia, aquel día, de querer asearse un poco, lavarse y lavar su única muda, y el resultado no pudo ser más funesto. Las mujeres le acusaban de querer enseñar sus vergüenzas y empezaron a chillar después de habersele acercado hasta casi tocarle.

La pareja de la guardia civil, hizo que el Mundo volviera a sus andrajos aunque éstos estuviesen chorreando agua. Y, como un perro mojado, lo llevaron al cuartelillo en donde no pudo prestar declaración en su media lengua ni tampoco por escrito, pues no sabía de letra. Solamente por signos pudo entendersele y dijo que no. Que no intentaba otra cosa que lavarse y para ello fue lejos, a un recodo del río en donde él se creyó solo. Las mujeres se le acercaron y se volvieron como locas. Él no sabía por qué.

Lo soltaron a la puesta de sol.

De la mojadura le vino un frío muy grande, con tiritera, y por la noche empezó a delirar. Daba grandes voces y se abrasaba de fiebre en su cuna.

El perro se asustó.

No solía el Mundo hacer el menor ruido ni emborracharse, como a veces sucedía al amo, ni reñir como los demás hombres. El Mundo debía de estar muy malo para gritar de aquel modo y el perro sintió erizársele el pelo a lo largo del espinazo, y empezó a ladrar a la luna, amargamente, pidiendo ayuda para el hermano que no sabía contar sus penas, deseoso de ahuyentar con sus ladridos la presencia fría e

invisible que rondaba la casa aquella noche.

Al otro día lo encontraron muerto.

El perro los llevó hasta allí y descubrieron al Mundo hecho un ovillo bajo su manta. Parecía haber dejado su cuerpo como las culebras dejan su piel. Ya nada quedaba en ese cuerpo que pudiera pudrirse. El Mundo abandonaba su despojo en la buhardilla y se iba a otro lugar, desnudo, joven, con su lenguaje inocente.

Cuando lo sacaban de la cuna, el perro meneó la cola.

RONDAS DE NOCHE

De día, nadie la vio por el puerto.

Pasadas las diez de la noche iniciaba su ronda nocturna, por los cafetines del barrio, invierno y verano envuelta en su mantoncillo de colores, el pelo hueco, la cara muy pintada y una flor de trapo detrás de la oreja.

Se plantaba en las sórdidas terrazas y cantaba. Los más cercanos a ella, percibían trozos de melodía y palabras de canción. Se daba prisas por terminarla e, inmediatamente, pasaba el platillo para recoger pesetas o calderilla.

Era alta, erguida, pero muy vieja. Los hombres del puerto la recordaban desde mozos, idéntica, invierno y verano, con su extraño disfraz. Amplia falda con volantes y blusa de color indefinido. Mantoncillo de seda con fleco ralo y flores de trapo en la cabeza. Zapatos de tira y tacón alto. Zapatos de taconear que a veces eran negros y otras de color, y asomaban bajo las faldas, rápidos, diligentes y apresurados.

La llamaban María Prisas.

Cuando le ofrecían una copa de lo que fuera ella se negaba a aceptarla alegando que le comía la voz. Pero el café se lo tragaba de un sorbo, aunque abrasara, y salía de la taberna acto seguido, como si le echaran los perros.

Así todas las noches.

Hubo quien la siguió, y por broma le hizo proposiciones. María Prisas se negaba siempre. Según ella no tenía casa ni tiempo para esas cosas. Y si el hombre era de los pesados, se enojaba, amenazaba con llamar a la policía y continuaba su ronda como quien despacha una tarea enojosa e ineludible.

De ella se decían muchas cosas.

La primera, que estaba como una chiva. Decían que, en sus años buenos, tuvo un gran amor. Que era entonces artista de cabaret y encontró a un señorito que enloqueció por ella hasta el punto de proponerle matrimonio. Los más entendidos sobre el caso aseguraban que el novio murió de tisis una semana antes de la boda y, a partir de entonces, la artista de cabaret empezó a loquear.

Cuando alguien, al entregarle unas monedas, le preguntaba por el novio, María Prisas se alzaba de hombros con ademán muy suyo y no daba respuesta alguna. María Prisas, empolvada y erguida, llevaba en sus huesos cierto aire insolente que si no detenía las burlas, llegaba a parar las manos de los habituales del puerto.

Algún marino extranjero, alguna vieja turista, tan estrafalaria como ella, le pidieron que se dejara fotografiar. María Prisas consentía tendiendo de antemano su platillo.

—Una foto un duro. Dos, siete pesetas.

La tarifa fue modificándose y subiendo a medida de su decadencia.

Lo del novio muerto en vísperas de boda no era cierto y, por lo mismo, se alzaba de hombros cuando aquella partida de borrachos lo mentaba.

A los veinte años bailaba en los mejores tablados de la capital y cuando sus faldas iban por los aires en revoleo, los hombres quedaban pasmados, fijos en sus asientos, a

la vista de aquel par de piernas. No necesitaba ajustadores ni ballenas para levantar los pechos rotundos bajo el corpiño y las flores que prendía en los negros y olorosos cabellos se las disputaban los señoritos cuando ella las echaba desde el tablado al público.

A los treinta años tuvo coche y caballos, un hotelito en el barrio elegante de la ciudad, criados y joyas. De amor, de novios muertos antes de llevarla al altar, ni una palabra. Tampoco entonces la llamaban María Prisas. Entonces se llamaba María Eugenia, aunque entre sus admiradores, entre los que ella acostumbraba a dar celos y desplantes, se la llamaba María Genio.

Tuvo también una vasta familia dependiente de ella y nunca supo negar su ayuda. Cuando le pedían, tomaba un puñado de billetes y, a bulto, hacía sus caridades, que a ella nunca le parecieron tales.

Conoció países extranjeros y personajes ilustres. Fue recibida en palacios y entibió el lecho de grandes hombres. Todos le parecieron iguales. Cambiaban los títulos y las atribuciones pero al llegar el momento decisivo, cuando el hombre se quedaba desnudo y lo único que deseaba era ella, la mujer, todos eran idénticos. Por nada del mundo se hubiera casado con uno de ellos. Quería ser la mujer de alguien único, distinto y, por entonces, no lo había encontrado.

A los cuarenta años era hermosa y arrogante como una reina. Bailaba en los mejores teatros del mundo, llovían contratos y sus ganancias eran fabulosas. Seguía esparciendo sus dineros a manos llenas y rechazando propuestas de matrimonio. Hubiera querido, eso sí, encontrar un gran amor. «Quizá —pensaba— no he tenido tiempo». Y por la noche, en la soledad de su lecho, alguna vez acarició el espacio vacío. «Quizá nunca lo encuentre». Lo imaginaba distinto de todos los demás y, por lo mismo, se consideraba honesta. «Si algún día lo encuentro, lo planto todo». Y dormía estrechando entre sus brazos la almohada de seda.

A los cuarenta años y pico, lo encontró.

Los suyos, aquellos suyos para los cuales María Eugenia no tuvo jamás una negativa, se obstinaron y quisieron disuadirla.

—Pero ¿no ves que sólo te quiere por los cuartos? —le decían.

Les contestó airada.

—¿Y qué? ¿Para qué me han de servir los cuartos, entonces? ¿Para dar gusto a los otros? ¿Y yo? ¿Es que no puedo pagarme los míos?

Sabía que no era cierto. Aquel hombre no iba por su dinero, iba por ella. Bien necia hubiera sido si, con el correr del tiempo, no fuese capaz de discernir. El hombre la quería. LA QUERÍA. No iba a engañarse entonces, después de tantos hombres pasados.

Volvieron a la carga.

—Además, es mucho más joven que tú. Podría ser tu hijo.

Le llevaba, eso sí, casi quince años. ¿Y qué? Si tanto tiempo tuvo que esperarlo fue precisamente por eso, por los años que le llevaba. Pero era él, el hombre que

llenaba la soledad de su lecho vacío y de sus días tan apretados como huecos.

—Está bien —repuso—. Soy más vieja que él. ¿Y qué? ¿Acaso él no lo sabe? Es cosa de los dos y de nadie más. ¿Que me durará unos años? Menos tengo ahora. Menos he tenido nunca.

Se casó con él.

De golpe, todas las palabras de amor que jamás le habían venido a la boca, le desbordaron los tuétanos del alma. Anuló contratos, dejó su mundo de teatro y no vivió más que para él.

Marcharon al extranjero. Quiso ella revivir sus años perdidos y recuperarlos al lado del hombre. Quiso mostrarle cuanto sus ojos vieron.

Así un año, dos, casi diez.

Él dijo:

—Volvamos. Quiero ser un hombre para ti. Quiero tenerte en mi casa y hacerte vivir de mi trabajo. Ya es hora.

Ella consintió al fin. Volvieron. Se instalaron como dos recién casados.

No. Él no murió como decía la gente.

«La muerte —pensaba ella al regresar a su habitación con las primeras luces de la madrugada—, la muerte no es cruel. Si él hubiera muerto entonces, yo le habría seguido».

No fue la muerte. Fue el mal solapado que ataca sin llegar al final. El hombre vivo y postrado, inmóvil, muerto para la vida y vivo aún para la muerte. El mal sin remedio que no es lo suficientemente noble para terminar con uno de golpe. El mal que arruina al más fuerte y le convierte en un ser quejoso, atemorizado e inútil.

Quiso volver al teatro. Los contratos no fueron los de antes ni las condiciones las mismas. Y él, el hombre, estaba celoso. Desde la cama la llamaba, la suplicaba que no le dejara solo.

Entonces se volvió a los suyos, hacia aquella familia extensa a quien había repartido su dinero a puñados, a bulto.

La familia le huyó. «Ya te lo dijimos», era la respuesta. «¿El qué? ¿El qué?», preguntaba ella sobrecogida, incrédula. «Que ese hombre sería tu ruina». Le dieron monedas contadas, haciéndole sentir el peso de la caridad y un día, los echó de su casa, a todos, asqueada desde el fondo de su alma, jurándose a sí misma pedir limosna por las calles antes que acudir a quienes había socorrido.

Vendió muebles y joyas, levantó la casa y vio cómo todo se hundía en médicos y farmacias. Pudo obtener uno de esos trabajos vergonzantes, pagados miserablemente, pero que al menos le permitían quedarse con él, en el pequeño piso, haciéndole compañía.

Los ojos del hombre la seguían por la habitación, como dos perros humildes y buenos. Eran dos ojos infinitamente tristes que suplicaban el perdón de tanta calamidad. Cuando María Eugenia se miraba en esos ojos, sentía deseos de golpear

con sus puños el rostro de la muerte y pedirle por favor que se los llevara a él y a ella, allí donde ya no se sufre.

Empezó a salir por las noches, cuando después de la última inyección lo dejaba dormido. Debía ganar el dinero de aquellos pinchazos. Lo dijo el médico: «Vive de milagro. Vive artificialmente. Si no fuera por las inyecciones, no duraba dos días».

Y por aquella vida artificial, se convirtió en María Prisas.

No quiso que nadie la reconociera y se mudaron de lugar. Durante el día, limpio el rostro de polvos y pinturas, parecía una vieja muy digna, muy tiesa para sus años. Los vecinos pobres como ella, la apreciaban y entre ellos encontró intacto el sabor de la caridad.

A eso de las diez, cuando ya nadie circulaba por la escalera y se cerraba el portal de la calle, una extraña mujer salía a mendigar por los barrios del puerto, siempre concurridos.

Se daba prisas para ganar el dinero del día siguiente. Aligeraba para que el hombre dormido no fuera a despertarse y la echara de menos. Debía estar de vuelta antes de que los vecinos la vieran y se extrañaran de su facha. Iba siempre corriendo, pues ausente, lejos de él, temblaba de que se le fuera. Y eso no. No sin ella a su lado. Tarde o temprano el hombre la dejaría, pero ella debía estar a su lado. Lo hablaron así muchas veces, en los felices tiempos, cuando se hacían promesas de amor:

—Prométeme —le decía él— que no me abandonarás nunca. Nunca.

Ella reía. Le atontaba con mil nombres cariñosos y por último le recordaba que era mayor, bastante mayor que él y por consiguiente...

—No importa. Quédate a mi lado en ese momento —gemía él, quizá con un remoto presentimiento del futuro—. Tengo miedo.

Prometió aquel día y otros.

Y durante sus rondas nocturnas, cuando se sentía cansada y vieja, próxima a su fin, tuvo miedo de faltar a su promesa.

Entonces lo dejaba todo y volaba a casa, al lado del hombre que la había amado, que la amaba aún con su resto de vida. Debía quedarse cerca de él para que no tuviera miedo. Lo demás no importaba. Cuando llegara el momento tomaría sus manos y le diría: «No tengas miedo. Estoy aquí, a tu lado». Y cuando él cerrara los ojos como un niño bueno que se duerme, ella se daría prisas por seguirle.

EL RETORNO

«Llega tu Dionisio», le dijeron.

Y él quedó, al parecer, como alelado.

La verdad es que estaba así desde tiempo, desde el día que las cartas del hijo no llegaron y nadie supo darle noticias suyas. Desde el día aquel, sintió un frío muy grande en el cuerpo, un hoyo muy profundo en la cabeza.

«No es él —decían todos—. Está como ido».

Sí. Fue una cosa muy rara. Empezó a hablar en voz alta, a solas, por las calles y por casa. Todo empezó a cambiar. Pensaba siempre en él, en el ausente y se olvidaba de las otras cosas, pues toda su cabeza la tenía ocupada con su pensamiento.

Ya no supo aguantarse. A veces ni se daba cuenta. Iba por la calle con la cara mojada y se pasaba el pañuelo por las mejillas, como si aquellas lágrimas fueran sudor. Eran sudor, pues salían independientes de su pena, solas. Era como un frío muy grande que le hubiese cogido de repente y que saliera, deseara evadirse de él, sin lograrlo. Ya lo veía la gente, la mujer, los otros hijos. Hasta los pequeños, los nietos, lo sabían. Y era peor decirle nada, tratar de consolarle. Mejor dejarle con sus noches de vela y sus manías de viejo.

Porque todos, al hablar de él, dijeron que empezaba a tener manías. Nada más porque prefería estar solo. «Compréndeme, hijo». No deseaba que le hablaran del ausente, alrededor de unas copas, mientras en la cabeza de los otros, bien claro estaba, no había más que curiosidad o compasión. Ellos bebían y comentaban lo del hijo como algo más. Igual hablarían de las compras que habían efectuado o de la vaca recién parida. Como si eso fuera comparable a aquella pena suya, tan grande, que le estaba carcomiendo.

Bebía un poquillo más de lo acostumbrado. Los primeros vasos le traían consuelo. Pero en cuanto bebía más de la cuenta se volvía contra todos y gritaba: «Basta ya de hablar de mi chico. Basta os digo». Y cuando se callaban, de nuevo la rabia le acometía. Pagaba lo suyo y se levantaba, y se echaba a la calle diciendo: «Hablad de una vez, condenados. Dejadme a mí con mis penas».

Así era. No soportaba a la gente cuando le hablaba del hijo o cuando no lo hacía. «Tú me comprendes, ¿verdad chico?».

«Se morirá», decían. Porque la vejez le sorprendió de golpe. Días y días de andar con los hombros caídos, bajo el peso de un fardo.

«Se está doblando», decían. No tenía ganas de alzar la cabeza ni de levantar los pies. Arrastraba los pies por los caminos, quizá con la ilusión de rodar pendiente abajo, allí donde todo era olvido.

Pero un día le dijeron: «Que llega tu Dionisio». El suyo. Su chico.

No estaba alelado, no. Aquello era demasiado grande. Demasiado bueno para comprenderlo de golpe. Años y años se aguantó la vida, consumió la tristeza y ahora, cuando le dijeron: «Tu chico vuelve», quería aprovechar la inmensidad de su alegría.

Se apartó de todos para no compartirla con nadie. «¿Quién me ayudó en mi pena, chico?». Tuvo toda la noche para pensarlo despacio y recordó que, cuando mozo,

solía perder las noches en hermosos sueños. «Tiempo habrá para dormir —decía entonces—, pero este hermoso sueño no se me escapa». Y, al calor del lecho, un sueño seguía al otro mientras la noche se adelgazaba y las estrellas se borraban del cielo.

Ya no le molestó la charla de los otros alrededor de las copas. Ya les hablaba de cuanto todos sabían y más: Todo cuanto él pensaba y sabía cierto. Ya no le pesaban los hombros ni sentía el roce de las piedras bajo sus pies.

«Tu chico vuelve», le decían.

Y también que aquello iba a trastornarle. Tonterías. Lo único que tenía era ganas de verle. «A lo mejor —pensaba— me despierto y me encuentro acurrucado al lado del fuego. No sería la primera vez que sueño tan hermosa mentira».

Y trataba de no llorar.

LAS MÁQUINAS TAMBIÉN SE MUEREN

Cuando empezó con la máquina, Honorio tendría sus buenos treinta años.

El patrón no le pasaba de mucho y la fábrica era nueva, recién montada, con anchas naves y salas capaces para todo el personal. La máquina importada de Alemania ocupaba un puesto de honor y aparecía brillante, de sedoso acero, lubricada con aceites especiales, protegida del resto de la sala por un pequeño muro de obra. Honorio era el responsable, así se lo dijo el patrón:

—Tú eres el responsable. Mira de cuidarla como si fuera un hijo.

Honorio tenía mujer desde los veinticinco años pero el hijo ansiado no llegaba. La mujer parecía haberse olvidado de que *aquello* era importante. Tras dos o tres fracasos se conformó a la idea de no ser madre y se concentró en la casa y en el hombre. Pero Honorio echaba en falta la presencia del hijo.

El día que llegó la máquina de Alemania, comentó con Susana, la mujer:

—Me han dado la máquina, Susa. Si la vieras... Es alemana, ¿sabes? Y...

Honorio se extendió como nunca lo había hecho. Susa escuchaba a medias, ocupada en la cocina con la cena y cuando Susa recogió los platos de la mesa y se sentó un rato para zurcir las prendas de la colada, Honorio continuó hablando de la máquina nueva confiada a él, la pieza única de la fábrica recién estrenada.

Así era. Se sintió de pronto ascendido de categoría, más hombre por tener bajo su mando aquella mole de acero, más responsable por lo que suponía de peligro y de cuidados, más importante porque cuando se hablaba de él en la fábrica con que dijeran «el de la máquina» ya no faltaba aclarar. Y cuando vino la primera guerra mundial, la del catorce, Honorio no lo dudó. Él se sentía germanófilo. Un país capaz de fabricar máquinas como la suya era, a la fuerza, un gran país. Debía ganar la guerra aunque sólo fuera para poder seguir fabricando maravillas como ésa.

Alemania perdió la guerra y algo dentro de Honorio, algo muy íntimo e impalpable, se tambaleó. Aquellos días anduvo en conversaciones con sus compañeros de fábrica, tan despreocupados durante la contienda, y al no obtener de ellos ninguna aclaración, ningún consuelo, buscó charla con Susa que atareada como siempre por los rincones de la casa le gritaba desde lejos:

—Pero, hijo, no sé qué quieres decirme. Estás con tu máquina más chiflado que un crío con zapatos nuevos. A lo mejor los alemanes sólo sirven para fabricar máquinas y de guerra no entienden ni pum.

Las mujeres no tenían idea de nada y Honorio se olvidó de la guerra al pasar el tiempo.

La fábrica, en cambio, gracias a esa guerra perdida por los alemanes, creció en importancia y ensanchó sus muros.

—Esto es bueno —dijo el patrón—. Ha llegado el momento de renovar el material. Vamos a comprar otra máquina mucho mejor que la vieja, Honorio. Una máquina inglesa que rendirá el doble.

Honorio se había encariñado con la vieja máquina alemana pero cuando vinieron a desmontarla y en su lugar, defendida por el pequeño muro de obra, colocaron la

nueva máquina importada de Inglaterra, no pudo articular palabra. El montador inglés explicaba la técnica y el mecanismo al patrón, y éste, a su vez, traducía para que Honorio fuera comprendiendo. Luego, delante del montador, le dio unos golpes amistosos en la espalda y dijo algo en inglés que aclaró al punto:

—Estoy diciendo al montador que eres el mejor mecánico de la fábrica.

El inglés sonrió asintiendo, como si le confiara gustoso la recién llegada. Y él, Honorio, casi no podía hablar. Se le trababa la lengua al dirigirse al patrón y deseaba que le dejaran solo, solo con su máquina.

Antes de ponerla en marcha paseó sus manos sobre ella como si la tentara. Tan lisa, tan perfecta y silenciosa.

Cuando llegó a casa encontró a Susa lavando uno de sus monos, pringado como siempre de grasa.

—Susa. Ya llegó la máquina nueva. ¿Cómo te diría yo que es esa máquina? Bueno. Mira...

Y hasta tomó lápiz y papel. No era torpe para el dibujo y sombreó para hacer resaltar los brillos del acero.

Susa detuvo en el aire la maza de batir la ropa y contempló un instante. Luego empezó de nuevo a restregar.

—Con tal que te ensucies menos que con la otra ya estoy contenta —dijo a guisa de conclusión.

Era natural que Susa pensara en los monos. En lo tocante a la limpieza y a que su hombre fuera el más pulido de todos, Susa no tenía rival. Durante la comida, charlaron. Honorio no podía quitarse de la cabeza lo de la máquina y hubiera querido comprender inglés para saber a ciencia cierta lo que el patrón y el técnico montador hablaron sobre él, sobre su competencia.

—Ha dicho al inglés que yo era el mejor mecánico de la fábrica —repitió por segunda vez a Susa.

Eso sí, la complacía. La máquina le importaba un bledo, pero que su marido fuera el mejor de la fábrica la dejaba muy contenta. En cuanto él se marchara contaría a las vecinas, palabra por palabra, los comentarios del patrón. Si a cualquier celosa le quedaban dudas, pensaba añadir por su cuenta detalles precisos y decirles, además, que habían aumentado el jornal de Honorio. Eso era más importante que todas las máquinas y ponía los dientes largos a las otras, cargadas de hijos y con maridos que no levantaban cabeza por ser duros de mollera o viciosos. Susa amaba a Honorio sin comprenderle. Había que oírla hablar con las vecinas. Era capaz de describir incluso la máquina, pues ella no se quedaba corta cuando se trataba de realzar al hombre fuera de casa. De trabajador y poco vicioso no se encontraban dos como su Honorio. El hijo que no llegó a nacer les unió con los años. Juntos iban al cine, juntos tomaban unas cervezas en las largas tardes del domingo e incluso estaban ahorrando para un pequeño viaje.

En el hijo que no llegó a nacer pensaba más a menudo Honorio que Susa. Cuando

veía a los dos chicos del patrón corretear por las salas de la fábrica, tocándolo todo, preguntando por todo e interesándose por todo, pensaba en el hijo no nacido. Tendría la edad de los chicos del patrón y como ellos estaría estudiando. De quedarse como él en simple mecánico ni hablar. Su hijo estudiaría el bachillerato y llegaría a ser un buen técnico —como el inglés de la máquina— o incluso ingeniero. Nada le costaba a él, a Honorio, privarse de sus pequeños gustos, del tabaco, de las cervezas del domingo, de los cines entre semana o del proyectado viaje. El trabajo no iba a asustarle si tuviera un chico a quien decir:

«Hala, hijo, estudia firme y ya te lo encontrarás luego. Llegarás a ser alguien si te gustan los libros».

El chico que no vino, lo llevaba dentro de él, metido en su sangre y muchas veces se sorprendió hablándole mientras la máquina rodaba fina y silenciosa.

«Hijo, vete con cuidado. No la toques. Parece mansa por lo acompasada, pero no deja de ser traidora. Hala, hijo, déjame en paz, que esto no es lo tuyo. Tú a estudiar, a hacerte hombre que hartó trabajo tienes con ello».

Los chavales del patrón pasaban los veranos en Inglaterra y aprendían el inglés. El suyo también, desde luego.

Pero los años terminaron con el resto de esperanza. El chico no vino y en cambio todo se tornó malestar y huelgas. El rey se marchó de España y la República prometió un nuevo orden de cosas en donde todos los ciudadanos encontrarían mejora. No le parecía mal. Los regímenes cambiaban como las máquinas y quizá el cambio fuera provechoso. El patrón no estaba conforme.

—Las cosas no van como antes, Honorio —decía aproximándose a la máquina, apoyado sobre el borde del muro de obra.

—Cosa de los tiempos, patrón.

—Aquí yo estaba en casa —argüía el patrón—. Ahora me siento extraño. Noto que me odian.

No podía ser. El patrón era un buen hombre. Los tiempos habían cambiado, eso sí quizá ellos no fueran jóvenes para poder comprenderlo.

—La juventud de hoy es distinta —decía Honorio por decir algo—, pero no es mala. La cosa es que nosotros vamos para viejos y vemos todo con ojos cansados.

El patrón ofrecía un cigarrillo, que él guardaba en el bolsillo del mono, y movía dubitativamente la cabeza.

—Esto no me gusta nada. Me siento acobardado. No me atrevo a nada. No sé si ser blando o mostrarme duro con ellos. No sé verdaderamente lo que quieren.

En julio de 1936 al patrón le metieron un tiro por la espalda y la fábrica quedó en manos de un comité.

A Honorio no le sucedió nada. Durante las horas de trabajo, guardaba el silencio y procuraba conciliar su espíritu con los nuevos tiempos. El recuerdo del patrón le

asaltaba a menudo y entonces se le aguaban los ojos. No merecía aquel tiro. Y menos por la espalda. Pero él no era quién para juzgar. Estaba al cuidado de la máquina y lo principal era mantenerse al margen de todo, no fuera que algún exaltado le echara una herramienta entre las ruedas y la escacharrara para siempre. Alguna que otra vez pensó en el hijo que no llegó a vivir más que en su sangre. En aquellos años, de un lado y de otro, los hijos se morían. Los hijos se peleaban durante aquellos años y Honorio, por vez primera, se consoló pensando que el suyo, el que llevaba dentro de él, no podía morir.

Los hijos del patrón estaban en el extranjero y cuando todo se hubiese calmado, cuando las nubes de sangre desaparecieran del cerebro de los hombres, regresarían a España. Hasta entonces lo mejor era no pensar más que en la máquina.

Los hijos del patrón regresaron hombres y aquel día Honorio llegó a su casa lleno de un extraño contento.

—Si los vieras, Susa. Tan cabales como su padre. Da gusto trabajar de nuevo.

De trabajar, no mucho. Los tiempos seguían siendo penosos, la posguerra se presentaba muy dura y además la guerra, la segunda guerra mundial, la última, asolaba de nuevo Europa.

Honorio pronosticó desde el principio que la ganarían los aliados. Los hijos del patrón se paseaban malhumorados por la fábrica diciendo que era preciso renovar el material y que la guerra lo retrasaba todo.

Pasaron unos cuantos años más, muy difíciles, pero durante los cuales el dinero entró a espuertas. La era del estraperlo, marcó una etapa gloriosa para ciertos industriales y entre ellos pilló a los chicos del patrón, jóvenes, atrevidos, llenos de ansia de vivir.

Cuando se terminó, se compraron terrenos circundantes pues la fábrica resultaba pequeña. La cuestión era invertir capital, gastar, reformar, engrandecer... Las máquinas estaban viejas y era conveniente reemplazarlas. Los chicos del patrón fueron a dar una vuelta por Europa recién pacificada.

Al regreso, el mayor lo mandó llamar a su despacho.

Imaginó lo que iba a decirle. Habían comprado otra máquina y querían ponerlo al corriente del hecho.

—Hemos comprado una máquina en Suiza.

No sabía dónde poner los pies ni las manos. El hombre que le hablaba, en nada se parecía al chiquillo que trasteaba por la fábrica unos treinta años antes.

—La máquina es pesada, tienes ya unos cuantos años encima y tu vista baja. Vamos a ascenderte de categoría. Serás maestro de sala y te aumentaremos el sueldo para que cuando te llegue el retiro cobres más de la Caja.

—¿Y la máquina?

—La llevará el mecánico de la Sala 2. Es competente y estará, de todos modos, a tus órdenes. Queremos que comprendas una sola cosa; no deseamos perderte y esto

significa una mejora para ti.

Entonces sí, se le saltaron las lágrimas. La máquina se le escapaba. Todo por ser viejo. Todo por no poder renovarse, cambiarse, reemplazarse. Todo por no haberse muerto ya, como el patrón, como se morían los hombres durante la guerra, como se morían las máquinas.

Y cuando quiso explicarle a Susa, ésta pareció no comprenderle. ¿No era mejor el sueldo? ¿No era menos pesado y menos sucio el trabajo? ¿No resultaba menos peligroso? Pues entonces no había por qué tomárselo a la tremenda. El maestro de sala era más importante que un mecánico, por muy especialista que fuera.

Se paseaba por las salas como un fantasma, descubriendo risas invisibles en los rostros de los obreros a sus órdenes, odiando a todos y muy especialmente al mecánico que le había usurpado el puesto. Odiando a la máquina con toda su alma y vertiendo lágrimas ante ella.

Por la calle, de regreso al hogar, gesticulaba, hablaba a solas, en voz alta...

Y un día, lo cogieron entre varios, cuando levantaba el martillo para descargarlo sobre la cabeza del usurpador.

Allí está desde entonces.

Los hijos del patrón le pagan una habitación para él solo, en donde hace funcionar una vieja máquina estropeada que vive dentro de él, como el hijo que no tuvo.

Ya no se acuerda de nada. Es un viejo pacífico y silencioso, tratable incluso. Ni se enteró de cuando murió Susa, la que fue su mujer durante tantos años.

Está allí solo, en el cuarto de la clínica mental.

Hay enfermos que piden conservar algo pequeñito: un libro, una medalla, un retrato, un juguete... Algunos, los más, les sobra con sus fantasmas.

Honorio tiene su máquina. La necesita. Honorio reclama hilas para limpiarla, destornillador, aceite de engrasar. El fantasma de Honorio es de acero, mecanizado y tangible.

Tan sólo una cosa le vuelve furioso: que alguien intente poner sus manos sobre la máquina. Sería capaz de matar si alguien intentara hacerlo.

UN SITIO PARA LOS DOS

Hacía muy poco tiempo que estaba con las hermanas.

El marido y ella se disputaban a menudo y entonces dejaban de hablarse y hasta dormían en camas separadas. Los hijos, ya mayores, estaban casados y arrimaban muy poco por la casa de los viejos. Los nietos, aún menos. Él y ella vivían solos, estrechamente, de la pensión del hombre y de algunos ahorrillos de ella, ganados a pulso, cosiendo para unos y otros, haciendo faenas y no permitiéndose el menor capricho.

Así iban tirando, hasta que un buen día el hijo mayor les fue a ver y les dijo que no podían continuar de ese modo. Que los dos estaban muy viejos y necesitaban cuidados. Mejor vivirían en una institución donde se ocuparan de ellos, donde, en caso de enfermedad, les atendieran debidamente.

A ella, ya no le quedaban fuerzas para trajinar lo imprescindible en la casa y él, el viejo, se quedaba muchos días en la cama, acobardado por el frío y quejándose de dolores en la espalda.

El hijo vino a decirles que los vecinos le habían puesto al corriente de los hechos y que su obligación era velar para que las cosas no pasaran de allí.

—Hijo, entonces... ¿por qué no en tu casa?

La casa era pequeña —contestó— y además, su mujer —ya lo sabían ellos— era una rara.

Nunca se habían entendido con las nueras, cierto, pero en un caso así...

Insistieron:

—¿Y en casa de los otros, hijo? ¿Has hablado con tus hermanos?

Lo hizo. Estaban todos, poco más o menos, en la misma situación. Lo mejor era irse a vivir con las hermanas. Limpios y bien comidos, con la pensión del padre y algo más que los hijos pondrían todas las semanas, estarían pero que muy bien atendidos.

Entonces el viejo, el padre, se levantó de la cama y gritando amenazó:

—No iré al asilo. No me separaré de tu madre hasta que me muera. Lo juré el día de mi boda. Vete de aquí, mal hijo. Sal de aquí si no quieres...

Agarró una silla pero casi no pudo despegarla del suelo. Ella, la viejita, se puso a llorar. El hijo también. Se perdonaron entonces e hicieron un arreglo: se verían más a menudo. Se ayudarían unos a otros como Dios mandaba. Era cuestión de un poco de paciencia. De esperar.

El viejo con sus dolores y ella con mil otros achaques iban durando mientras la mugre se acumulaba en la casa. Las nueras maldecían la blandura de los maridos.

—Si estarían mil veces mejor en el asilo. Tenemos las manos atadas. Cuando no es una cosa, es otra y hartó trabajo tenemos con nuestras casas.

Todo era verdad. Los viejos se daban cuenta y eso les empeoraba el humor. Se pasaban el día discutiendo o de morros y en cuanto venían los hijos o las nueras les contaban, cada cual por su lado, las mutuas perrerías, como si desgranaran un interminable rosario de vejaciones.

Entonces el hijo mayor ya no tuvo remordimientos. Tramitó la entrada de los padres en dos instituciones privadas, valiéndose para ello de certificados médicos y testimonios del vecindario. Era un peligro —alegó— que los viejos vivieran solos. Podían morir de un momento a otro y además se pasaban el día peleándose. Separados estarían limpios, atendidos y tranquilos.

Cuando tuvo todo a punto, se lo comunicó a los viejos.

Y fue como si un nuevo, un último brote de savia renovara aquellos cuerpos.

Por la noche, pensando en la próxima e inevitable separación, se abrazaban el uno al otro y encontraban, entre lágrimas, las frases de amor perdidas. Durante el día se prodigaban mil atenciones, se buscaban las manos como novios, se miraban largamente y se decían que nunca, nunca se habían amado tanto. Trataban de consolarse de su pena, esa pena inevitable, esa pena promovida por ellos con sus disputas, con sus largos rezos de vejaciones, con el gesto agrio y el dejarse ir pendiente abajo. Convenían que siempre, aún en los peores días, se quisieron con toda el alma y que habían sido unos insensatos. El viejo prometía ir a verla cuantas veces se lo permitieran, quizá dos tardes por semana, quizá más, si el dolor de la espalda menguaba un poco. Allí —decía él para darle ánimo— podría cuidarse mejor y ponerse fuerte. Tal vez el encierro no fuera definitivo. Aquello no era ninguna cárcel. Si se ponían un poco buenos los dos, podrían volver al pisito. El pisito no lo dejarían. Vendría a vivir el menor de los hijos, que hasta entonces lo hizo en las afueras por no encontrar nada mejor. El piso —decía el viejo apoyando su cabeza sobre el hombro de ella— quedaría a su nombre mientras vivieran y si se ponían un poco más fuertes quizá regresarán a él, en cuanto cedieran los fríos.

En la institución, la viejecita adoptó una actitud rebelde. Buscaba pelea a las hermanas y a las otras viejas, encontraba todo mal, por principio y manifestó que no estaba contenta ni conforme de estar allí encerrada.

Igual que antes, cuando estaba encoraginada con su viejo, se pasaba el día sin querer hablar, hablando a solas, refunfuñando sus penas a alguien invisible.

«Una nunca sabe. Una cree que el hombre que tiene a su lado no vale más que para disputar. Se le desea la muerte diez veces al día y cuando llega el momento de la separación...».

Cesaba el monólogo al faltarle la voz. Entonces se estrujaba el pecho flaco, los senos inexistentes, el corazón que aún latía.

«Es como si le arrancaran a una las raíces vivas. Un pedazo del otro. En la cama nos juntábamos y nos dábamos calor. Tantos años...».

Lloraba con gritos pequeños, como si alguien le estuviera machacando el alma.

«¿Y los hijos? Cuando eran pequeños sufrí por ellos. Pero los hijos se van. Es ley. Los hijos no duelen porque ya sabemos que nos van a dejar».

Las lágrimas le caían sobre la negra toquilla de lana que le habían dado las

hermanas.

Se tranquilizó un poco cuando le prometieron, para su próxima salida —una vez por semana el viejo venía a buscarla y daban una vuelta si hacía sol— una chaqueta no del todo usada y un sombrero. Nunca había llevado sombrero y secretamente envidiaba los gorritos negros que las hermanas confeccionaban para las viejas.

El sombrero le pareció elegante.

Tres veces le vio. Nada más que tres. Y fue como si en aquellas tres salidas hubiera quemado los restos de su vida.

De regreso al asilo se pasaba los días llorando, hablando a solas del marido. Le pedía perdón por haber sido geniuda y terca. Le invocaba como si fuera modelo entre los santos, olvidada de todo, en sólo tres semanas de tiempo, borradas las antiguas disensiones, los viejos rencores y sufrimientos.

Murió de repente, antes de haberlo visto por cuarta vez.

Y el viejo murió al día siguiente sin saber que ella le había antecedido, que ya le estaba esperando, afanada por tenerlo todo a punto, prepararle un sitio para la eternidad, sin disputas ni dolores. Él y ella para siempre, como en los días que precedieron la separación.

ENTERAMENTE SOLO

El hombre era viejo.

Llegaba al Banco puntualmente una hora antes del cierre, saludaba con la cabeza al personal y se dirigía hacia la caja fuerte.

Al principio, el empleado encargado de la sección se quedaba con él, mientras el hombre abría parsimoniosamente su caja y efectuaba recuento del contenido.

Al pasar los años le dejaron solo. El viejo necesitaba tiempo y tiempo. Le transcurrían los minutos hasta el cierre del Banco en sus misteriosos arreglos, en sus cuentas oscuras. De cuando en cuando echaba un vistazo en dirección de la puerta, por ver si le estaban espiando y ya tranquilo, volvía a su tarea con minuciosidad, pulcritud, con verdadero amor a su dedicación.

Los empleados estaban acostumbrados a toda clase de tipos y nada les extrañaba demasiado. En lo que respectaba al viejo se dividían en dos bandos. Unos optaban por antiguas cartas de amor. Otros, por billetes de banco. En cualquiera de los dos casos, el viejo era un chiflado. Si lo de las cartas fuese cierto y si en tanto valor las estimaba, ¿por qué no las guardaba consigo y las releía por las noches como hacían los enamorados? Si eran billetes, ¿por qué no abría una cuenta corriente?

Alguien sugirió que el viejo bien pudiera ser un ladrón. Los ladrones tenían, a menudo, ese aire fofo y bonachón del hombre de la caja fuerte. Pudiera ser que guardara en el Banco el producto de sus latrocinios y entonces sí, todo era lógico. Un buen día, cuando hubiese arramblado con lo suficiente, despejaría la Caja y saldría con buen viento hacia otra localidad. Entretanto iba amasando su tesoro, añadiendo, día tras día, sus pequeños o grandes hurtos, contemplándolo crecer, como el aldeano contemplaba el trigo en sus tierras, como la madre se palpaba el vientre en donde se formaba el hijo.

Lo del ladrón fue sugerido por un joven empleado, gran lector de novelas de la serie negra. Los demás rechazaron la posibilidad rotundamente. El viejo no podía ser un ladrón, lo habrían pillado con las manos en la masa, cientos de veces ya que esas manos le temblaban como un flan y: «Los ladrones tienen pulso de cirujano», dijo a guisa de conclusión el cajero.

Al salir del Banco, con pasito corto, se dirigía hacia su casa: dos habitaciones oscuras a las que se llegaba por una escalera de vecinos. No hizo nunca amistad con ellos. Cuando los cruzaba ni los saludaba siquiera. Ni buenos días ni buenas noches. Con el sombrero encasquetado hasta las cejas, el hombre viejo subía los dos tramos de escalera que le separaban de la calle, abría la puerta, se atrancaba por dentro y como único signo de vida podía oírse su tos, una tos bronca y grasa que hacía exclamar a las mujeres de la casa:

—Ya ha llegado el viejo.

No permanecía mucho tiempo encerrado. Se mudaba de ropas y se echaba de nuevo a la calle vestido con harapos sucios, los pies descalzos dentro de zapatos rotos, un bastón en la mano y unos lentes negros dentro de uno de sus bolsillos.

En cuanto dejaba el barrio empezaba a renquear; se calzaba los lentes y pedía

limosna. Era insistente y de preferencia rondaba los mercados, las iglesias, la salida de los merenderos elegantes. De preferencia también, acosaba a las mujeres a las que seguía un trecho renqueando, avergonzándolas con su facha triste, hasta que por sacárselo de encima, por no oír su tos a veces real y otras fingida, por no respirar su mugre siempre auténtica, le daban unas monedas.

La vista de los hombres le asustaba. No solía pedirles aunque éstos, a veces, le dieran una limosna al pasar. Comía de balde pidiendo restos en las tascas y en lo único que gastaba era en aguardiente.

Por las noches se retiraba temprano, para levantarse a tiempo y efectuar su ronda en los mercados y en las iglesias antes de su visita al Banco.

Y, entonces, ante la botella de aguardiente degustada poco a poco, en la soledad del cuarto, evocaba sus fantasmas.

La bebida le quemaba la garganta o quizá fuera el rencor.

¿Cuántos años tendría ahora el hijo? Unos treinta. Treinta y uno exactamente. ¿Y ella, la mujer? Andaría cerca de los cincuenta, pues él le llevaba más de quince.

Fue el negocio más catastrófico de su vida, el matrimonio con ella. Bien se lo advirtió la madre:

—Esa mujer sólo nos traerá ruina. Piénsalo hijo.

Entonces él era oficinista y vivía con la madre. Ya le gustaba el vino aunque sabía disimularlo para que la vieja no se diera cuenta. Y si se la daba, se hacía de nuevas, lo negaba. Vivía tranquila con el hijo que le entregaba puntualmente su sueldo y ninguna falta le hacía la intrusa como llamó a la nuera desde el día que entró en la casa por primera vez.

Para mejor reconcomerse guardaba fotos de ella, de la intrusa.

En aquellos tiempos, cuando la conoció, era muy bonita. Pequeña de estatura, con la tez muy pálida —una de esas pieles que parecen hechas de fruto y de flor— y los ojos y el pelo muy oscuros. Era también muy joven y no se detuvo en pensar demasiado si iba a ser feliz con aquel hombre. La chiquilla de diecinueve años deseaba un hogar, una seguridad que el hombre mayor que ella podía darle. Lo malo —para ella— era tener que vivir con la suegra pero confiaba en su buen carácter, en su don de saberse amoldar.

Perdió bien pronto las esperanzas y no se atrevió a hablar con los suyos; ¿para qué? Además vino muy pronto el hijo y con él sí, se sentía feliz. Después de cumplido su trabajo, en aquella casa donde bien pronto se convirtió en criada del marido y de la madre, salía a dar una vuelta con el hijo. Era muy hermoso y las mujeres la envidiaban, bien lo veía ella. Todo lo de la casa quedaba olvidado en cuanto estaba sola con su chico.

Las fotos de ella, desparramadas sobre la mesa de pino llena de ruedos de vaso, parecían contemplarle. Sus ojos siempre fueron tristes en cambio su boca llena, bien dibujada, se curvaba hacia arriba con sensual ternura. Esa boca fue lo que más le

atrajo de ella, desde el principio.

Y sin embargo, siempre fue arisca con él, fría y huidiza.

Al principio creyó que era cosa de sus pocos años, el pudor ancestral con que ciertas mujeres malograban el matrimonio. Y él no tenía práctica de mujeres. Le asustaban. La madre le previno contra ellas y se sentía torpe. Envidiaba a los compañeros de trabajo que tan fácilmente salían con muchachas y se echaban novia en menos de ocho días. Aun ahora huía de esa clase de hombres que para él significaba un insulto viviente, como si de antemano presintiera en ellos al enemigo, al destructor.

Los ojos tristes y la boca arqueada sonrieron únicamente al hijo que nació muy pronto y se llevó, desde el primer momento, toda la ternura que el hombre ambicionaba para él solo.

Cuando por las noches, torpemente, se le acercaba, ella fingía dormir o bien se quejaba de dolores imaginarios, o recurría con harta frecuencia a sus reservas de mujer. Y si al fin cedía, él se daba cuenta de que era como si cumpliera la peor de las tareas. Hubiese querido ver su rostro en aquellos momentos, aunque nunca pudo conseguirlo pues ella apagaba siempre la luz. Se lo figuraba contraído, doloroso, mojado a veces por las lágrimas. El cuerpo que estrechaba entre sus brazos, se envaraba de repulsa y no de placer. Con odio en la piel por las caricias no deseadas, temidas, aborrecibles. Y al día siguiente una extraña paz sobre la mujer, como en un tremendo alivio, como si terminara de pagar un plazo y supiera que le quedaban tantos días de premio hasta el próximo. Al día siguiente, se la escuchaba canturrear mientras fregaba los suelos o hacía la colada. Se la oía reír más fuerte que de costumbre, con el hijo que jugueteaba alrededor de ella como un cachorrillo. Andaba más erguida por la calle, como si ansiara la plena luz, el aire y el sol como testigos de su precaria dicha.

No llegaba a comprenderlo.

Que aquella mujer de la que él era dueño no se le entregara del todo, le era totalmente incomprensible. Que esa mujer hubiera soñado en su cuarto de soltera con caricias y palabras de amor que en nada se parecían a las suyas, le era vedado concebirlo. Que no se tuviera del amor un hambre fisiológica y posesiva como la sentida por él, a su sola vista, no le entraba en la mollera. Para olvidarlo, para creerse un hombre como todos los demás, bebía.

Cuando entraba borracho en la casa, dando traspiés; cuando se quedaba dormido en el sillón y roncaba antes y después de las comidas y ella le miraba de aquella manera, sin quejarse, sin reprenderle, pero con el asco atenazado en la garganta, la madre saltaba furiosa:

—Todo por tu culpa. Mi hijo no probaba el vino antes de conocerte. —Sabiendo que era mentira y dichosa de encontrar, al fin, el reo.

Empezó a espiarla con la complicidad de la madre. Le revolvían los cajones,

fisgando entre sus prendas, entre sus pobres recuerdos de chica soltera, entre sus humildes tesoros de mujer. No le encontraron nada.

—Ésa es más lista que los ratones colorados —decía la vieja—. Pero ya caerá. No te apures.

Y se sentía feliz, de antemano, con la traición inminente, deseada, que de nuevo aportaría la paz al hogar. Otra vez el hijo sujeto a ella, ni más ni menos, y ella, la madre, gobernándolo todo como en los buenos tiempos.

Las noches eran largas y el viejo tenía muy poco sueño. Eran sus únicos recuerdos, los que le ligaban a la mujer. Antes que ella, sólo conoció a las tristes pupilas de los prostíbulos, las que no dejaban trazas de su paso. Cuando ella le dejó, volvió a frecuentarlas. Aun allí, entre esas mujeres acostumbradas a todo, se sentía rechazado. Al terminar la faena podía descubrir en aquellos rostros impenetrables y habituados a lo peor, la extraña luminosidad que resplandecía en el rostro de ella al día siguiente, cuando se sentía libre de su débito por un tiempo. Hasta las prostitutas se le mostraban avaras de caricias y por lo mismo él se vengaba y era grosero con ellas, exigiéndoles sudar el dinero que les dejaba, humillándolas con el propósito de humillar en ellas a la mujer, la suya, la que un día le gritó su asco.

Fue durante la guerra. La madre se quedaba en casa mientras ella, durante los fríos meses de invierno, hacía cola para conseguir alimentos. Regresaba rendida, con cuatro miserias en el capazo. La madre la insultaba:

—Correntona. Vaga. Paseándose toda la mañana para traer estas porquerías.

Le tomaba las cuentas como a una criada y desconfiaba de ella. Sin embargo, a veces, la vieja pudo obtener un extraordinario a través de alguna vecina que regresaba del pueblo y necesitaba dinero para medicinas o vestidos, y «aquello» lo guardaba bajo llave en su cuarto y cuando la nuera estaba dormida, llamaba al hijo sigilosamente y se lo comían entre los dos, disfrutándolo como un fruto prohibido «porque ella ni se enteraba».

Por esos tiempos, cuando la guerra quebrantó normas y hogares, cuando hombres y mujeres ante una circunstancia que les excedía se sintieron de pronto liberados de ataduras, debió conocerlo.

En los ojos tristes empezó a brillar una luz extraña, conmovida, que no acertaban esconder las largas y sedosas pestañas. Estaba como ausente y los gritos e insultos de la madre parecieron de pronto escollarse contra una impávida muralla.

Aquella luz le volvió frenético de deseo y cuando quiso acercarse a ella, una de las noches, quedó todo confirmado.

—No me toques —dijo la mujer llevándose la mano al pecho y levantándose de la cama.

La tomó por los brazos haciendo cerco de hierro con sus dos manos, insultándola y pretendiendo al mismo tiempo tomar sus labios entre los suyos.

A los gritos acudió la madre. Se la veía feliz, triunfadora. Sabía por el hijo los pormenores de la malograda intimidad y se felicitaba, en esos momentos, por haber predicho desde el principio el fracaso.

—¿Por qué? ¿Por qué? —le gritaban los dos a un tiempo.

Logró desasirse mientras contestaba:

—Porque amo a otro hombre. Porque le amo, ¿comprendéis? Porque le amo con toda mi alma y mi cuerpo. Porque entre sus brazos estoy en el cielo. Porque tú me das asco...

Sonó una bofetada. Se oyeron golpes mientras el llanto del chiquillo despertado de sus sueños, sonaba como una desesperada y monótona canción.

Cuando la dejaron, tenía sangre en la cara y moradas las carnes por los golpes recibidos.

—Me voy —dijo.

—No te marcharás —repuso él ante la puerta del cuarto.

—Sí —insistió ella con fuerza impasible—. Me voy. No me detengas.

—Irás a la policía —gritó la madre— y les explicará que le hemos pegado. No la dejes ir. Serían capaces de darle la razón.

—Me voy —repitió ella como si sólo supiera estas palabras—. No iré a la policía. Me voy de este infierno para siempre y... te perdono.

Los ojos del hombre se abrieron con asombro.

—¿Perdonarme? ¿Te atreves a decir semejante cosa? Yo soy el ofendido.

La boca le temblaba. Los gruesos labios aparecían húmedos de miedosa saliva.

—Te perdono —prosiguió ella— porque eres un desdichado. No sabes amar. Amar es otra cosa que lo que tú haces. Y eso no es culpa tuya. Por lo mismo, te perdono.

Entonces todo el veneno de la madre se vertió sobre ella, celosa no ya del hijo, sino del hombre que despreciaban en su hijo. Las injurias más viles brotaron de su boca mientras ella, la mujer, la luz ardiéndole en los ojos tristes, contestó en voz queda:

—Usted, cállese. No sabe de lo que está hablando. Por muy madre que sea no conoce a su hijo del mismo modo que yo. Se lo regalo. Quédese con él. A mí, no me sirve.

Los últimos tragos de la botella le aportaban el amodorramiento necesario para entrar en la cama y que la vieja fiebre no le comiera de nuevo.

Durante años la vio como en aquella noche, desapareciendo calle abajo con el chiquillo de la mano, después de haberse desposeído de la alianza de oro y echarla sobre la cama.

Se fue sin más ropa que la puesta, dejándole incluso sus pequeñas joyas de soltera, sus humildes tesoros de mujer. No tenía, en verdad, grandes cosas pero

cuanto poseía se lo dejó a él —todo menos al hijo— aquella noche en que parecía volar hacia su nueva vida, ensangrentado el rostro, amoratada la piel y en los ojos aquel extraño fulgor de felicidad recién hallada.

Durante años en sus conversaciones con la madre fue persiguiéndola con su odio, hablando de ella con sus compañeros de trabajo y haciéndose despreciable a todos. Volvió a frecuentar los prostíbulos y hablaba de su desdicha con las putas. Creyó sacar partido del abandono de la mujer, inspirando lástima. Incluso las putas se despegaban de él con asco.

Por eso ella le había perdonado.

Cuando murió la madre y perdió el empleo por culpa de sus borracheras, no tuvo otra razón de ser que enterarse de lo que *ella* hacía.

Por más que siguió sus trazas, la guerra lo había confundido todo y le costó dar con la mujer que usaba otro nombre, el de su nuevo dueño. Al fin la encontró.

La vio feliz, bien trajeada, viviendo en un barrio elegante de la ciudad. El chico de ambos era guapo y se parecía mucho a ella. Cuando fuera mayor sería, a no dudarlo, de esa clase de hombres que las mujeres aman. La vio del brazo de un hombre que parecía bueno y digno. Pasaron los dos muy cerca de él y no le vieron. En sus rostros se reflejaba la paz.

Y entonces creyó haberlo comprendido todo.

Ella le había dejado por un hombre rico. Las mujeres eran así de despreciables. Las decentes como las otras, resplandecían a la vista del dinero. Sólo consistía en eso, la felicidad: en tener dinero. Mucho dinero para que las mujeres le mirasen de aquel extraño modo que él nunca conoció.

Si le hubieran dicho que el *otro*, cuando tomó a su mujer, tenía menos que él, no podría creerlo. No quería creerlo. No deseaba darse por vencido y confesar que el mal residía en él, sin remedio. Las mujeres eran seres primitivos que pasaban de la admiración a la compasión. Cuando iba por los mercados pidiendo limosna, incluso las más pobres no le desairaban. Vivía casi de balde sacando partido de la lástima de las mujeres, en cambio nunca pudo obtener de ellas un poco de admiración.

Durante años y años le impuso su presencia. Mendigaba en los barrios de ella. Su único goce era ver cómo se le nublaba el rostro al reconocerlo y distinguir el aflujo de sangre que momentáneamente coloreaba sus mejillas. Si le hubieran dicho que ella se avergonzaba por él, de verle tan caído, tan bajo, tampoco lo creería. Sentía eso sí, que su presencia le era odiosa y por lo mismo se la imponía casi diariamente.

Hasta que un día la perdió de vista para siempre.

Preguntó en el barrio, preguntó a la portera.

—Se ha marchado al extranjero —fue la respuesta.

Desde entonces está enteramente solo.

La costumbre le hace seguir viviendo de aquella extraña manera. En la caja fuerte del Banco tiene unos millones de pesetas que jamás harán feliz a nadie. Está muy

viejo y desconfía de las mujeres por la misma razón que nunca supo confiar en ellas. Colecciona billetes del mismo modo que podría coleccionar sellos de correo o cajas de cerillas. Es su última pasión.

Cuando pide por los mercados y por las iglesias lo hace con voz plañidera y las mujeres se lo sacan de encima apresurándose en su caridad. Incluso en la limosna la mujer se deshace de él rápidamente, como si la moneda quemara o la presencia próxima del hombre las ofendiera inexplicablemente.

A veces quisiera volverse atrás, deshacer la tremenda maraña de su incapacidad, de su orgullo y ver claro en sí mismo. Pero ya es tarde. El aguardiente llena sus oídos de un rumor ronco parecido al de las caracolas.

A veces en sus sueños de borracho la evoca, la trae a su presencia y le pregunta de nuevo como en aquella noche.

Y ella mueve la cabeza negativamente y le insulta de nuevo con su perdón.

AFILADA COMO UN HUSO

Apenas sí la miró.

Era una pobre vieja, como tantas. Gorda a fuerza de trapos. Sin abrigo, a pesar de que en las calles de Marsella, aquel invierno, no desheló durante casi tres meses. Sucia, llenando el despacho con un vaho indefinido, mezcla de sudores rancios y de orines. Olor de pobre, con resabios de ajo y acidez de estómago mal comido.

La documentación que le tendía, estaba mugrienta. Pensó que habría viajado entre los pechos de la mujer o en alguna oscura faltriquera, al lado del pañuelo con que se secaba las lagañas y del coscurro de pan ablandado por la saliva.

«Dame paciencia, Dios —imploró—. Dame paciencia para hacer comprender a este montón de carne vieja sentada frente a mí que su documentación no es suficiente. Que un certificado de buena conducta extendido por el alcalde de Purchena, provincia de Almería, hace cuarenta años, hoy en día en Francia, en este invierno de 1943, en plena guerra, no vale nada, no es documento para tramitar un pasaporte. Dame la comprensión necesaria para perdonar el tufo que hiere mi olfato y no permitas que sea dura».

Le vino a la mente aquella otra vieja, la de su infancia, la que una noche vieron dormida en el hueco de un portón y ni siquiera se despertó cuando ellos, los chiquillos del barrio, se rieron de ella.

«Si parece un montón de trapos».

Y las mechas de pelo blanco amarillento le salían de la pañoleta.

«¿Estará muerta?».

Eran críos entonces y la muerte no significaba para ellos más que una sola cosa: quietud.

«Anda, tócala».

Se lo decían al mayor, al que siempre tomaba las directivas.

«No quiero. Está sucia».

Ella —lo recordaba— no dijo nada. Miraba al montón de trapos y nada le hubiese extrañado si la vieja, en lugar de carne, hubiera sido de papel, de cartón o de serrín, como un muñeco. Algo había huido de aquel cuerpo y por eso le aterraba, como un ser distinto de los otros.

«Estará borracha», afirmó el jefe de la pandilla.

«Quizá esté muy cansada», dijo una de las niñas.

La vieja del portón estiró una pierna y abrió los ojos. Les vio y con la más profunda indiferencia volvió a dormirse.

«Está viva», dijo el mayor.

Por lo menos había estirado una pierna y abierto los ojos.

Por el camino oscuro avanzaba una silueta conocida. El padre venía hacia ellos, llamándolos para la cena. Sus hermanos fueron hacia él mientras los otros chicos corrían hacia sus casas. Ella se quedó al lado del portal, los ojos fijos en aquel montón que nada tenía de humano, fascinada por el espectáculo, como le fascinaba

cada noche la vista de los dos dragoncitos pegados al farol de la entrada, inmóviles, acechando las falenas nocturnas y calentándose la panza con el reflejo de la bombilla.

«Pero ¿qué demonios estás mirando?».

La voz del padre la sacudió. Levantó la vista y fue como si cesara el encadenamiento que la unía a la vieja. Corrió hacia él señalándosela con el dedo. Quería explicarle y las palabras le salían atropelladas.

«¿Pero qué dices?».

No sabía cómo darle a entender la sensación de que algo había muerto en aquel cuerpo. De que quizá la vieja acurrucada en el portón ya no tuviera sangre y que en su lugar circularan por sus venas los hilillos de hormigas que a veces viera correr por el cuerpo de las culebras, muertas por los braceros.

«No tiene alma», dijo al fin.

Una mano fuerte se apoderó de ella y se sintió zarandeada como las ramas del ciruelo cuando ellos, los chiquillos, querían hacer caer la fruta.

«Que te calles. Esa pobre tiene tanta alma como tú y yo».

Ella y los hermanos se callaron. El padre, después de la sacudida y cuando ya tomaban el camino de la casa, preguntó:

«¿A santo de qué, se te ha ocurrido lo del alma?».

No lo sabía.

Ni sabía lo que era el alma. La veía como un órgano más del cuerpo. «El corazón y el alma». Eran dos palabras repetidas con frecuencia en las oraciones que la madre les hacía recitar por las noches. «Con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma, te queremos, Jesús nuestro». Quizá ni siquiera fuera una plegaria conocida, pero la madre la hacía rezar a coro, a los cinco hermanos, justo antes de repartirlos a sus habitaciones. El corazón era color rojo sangre y, el alma, era blanca y luminosa mientras no la mancharan los pecados. El corazón tenía la forma redondeada de un puño cerrado y el alma, ¿por qué?, tenía, para ella, la forma alargada de los husos. El corazón enviaba su sangre y la vida por todo el cuerpo, mientras el alma resplandecía como la llama de una vela. Desaparecida el alma, el hombre perdía su categoría humana. Igual podía ser un perro sarnoso calentándose al sol y dejando que las moscas se le pasearan por los ojos, que una muñeca de trapo rellena de serrín. Tampoco era eso. El perro tenía un alma de perro y por lo mismo permitía que las moscas se le pasearan por los ojos. La muñeca carecía de vida. Pero el hombre con el alma afilada como un huso, blanca y luminosa, no podía cubrirse de trapos ni dormir a la intemperie bajo los ojos burlones de unos chiquillos sin alcances.

«Dime por qué se te ha ocurrido lo del alma».

Una segunda sacudida del padre la hizo perder el contacto con el suelo. Los hermanos emprendieron la carrerilla y ya estaban llegando a casa. Ella se enredó en explicaciones.

«Creí que estaba muerta», repuso.

«En ese caso tendrías razón. El alma se escapa de los cuerpos sin vida».

«¿De repente?».

«¿Qué quieres decir?».

«Quiero decir, si no se escapa poco a poco, a medida del tiempo».

Se oían las voces de la casa. El patio estaba lleno de luces y también la noche era clara. El padre se sentó sobre uno de los bancos de la entrada y la tomó en sus brazos.

«El alma —iba diciendo— es invisible. El alma no envejece como el cuerpo ni se nos va poco a poco».

Aquella súbita dulzura en la voz del padre le dio una gran tristeza.

«Esa pobre mujer...», continuaba la voz.

Ella callaba.

«¿En qué piensas?», preguntó el padre.

«En los viejos», repuso.

«Te dio pena la mujer, ¿no es así?».

Asintió con la cabeza, fijando los ojos en los del padre.

«Estaría mejor muertecita —dijo al rato, Y recordando el entierro de Lucas, el abuelo de los actuales colonos, continuó—: No tendría que ir durmiendo por las puertas y le llevarían flores».

El padre se levantó del banco moviendo lentamente la cabeza. «Los chiquillos son crueles», —oyó que decía. Y luego—: A lavarte esas manos antes de sentarte a la mesa.

«Que Dios me dé paciencia», —murmuró mientras pedía a la vieja el certificado de nacionalidad, la partida de nacimiento o un pasaporte viejo, aunque fuera tan viejo como el certificado de buena conducta extendido en Purchena en el año 1903.

La vieja, la que llenaba el despacho con sus exhalaciones, movió negativamente la cabeza.

—Yo nunca he tenido eso del pasaporte, señorita.

—Y entonces, ¿cómo vino a Francia?

—Caminando.

No era el primer español que tomaba esa medida.

—¿Hace muchos años de eso? —preguntó pacientemente.

—No, señorita. Hace tres meses.

—Le pregunto si hace muchos años que vive usted en Francia. Que cuántos años hace que vino usted de España a Francia caminando.

—Pues no hace el año, señorita. Sobre los tres meses.

Murmuró otra vez: «Paciencia. Esta mujer miente o está alelada. ¿Apenas si puede moverse y ha venido de España a Francia por los caminos?».

—Ya veo —dijo—. Usted ha venido desde su pueblo...

—Purchena —interrumpe la vieja.

—Ha venido desde Purchena a Marsella a pie.

La vieja asiente.

—Eso —afirma.

—Bien. Y ahora quiere volver a España y pretende que el Consulado la repatrié. ¿Por qué? ¿No puede volver por el mismo camino?

—Ya no tengo fuerzas —dice la vieja.

—Lo supongo. Y no comprendo cómo las tuvo para llegar hasta aquí.

La vieja no sonríe. Ni un músculo de su cara se contrae. Parece de piedra. No es como la del portón que parecía tener sangre de serrín. La vieja sentada frente a ella, está fosilizada y no se mueve. Apenas si sus labios dejan escapar su historia.

—Yo quería ver a mi hijo. Es el único que me queda. Los demás murieron, como murió el padre también, hace años.

Está pensando que la vieja no puede llorar. Hay una sequedad extraña en sus ojos. Quizá hayan vertido totalmente el cupo de pena de que los mortales disponen en la vida.

—El hijo está aquí desde la guerra. La nuestra —aclara la vieja—. Se pasó a Francia y, al cabo del tiempo, me escribió una carta. Decía que las cosas le iban bien y que se iba a casar con una española de aquí.

—Ya veo —dijo, por decir algo.

—Luego las cartas empezaron a escasear y me sentí muy sola y con ganas de saber de mi hijo. Nada me retenía en Purchena y un día, sin decir nada a nadie, tomé el camino preguntando a todos cuantos encontraba, mendigando mi comida y durmiendo donde podía. Yo era muy fuerte.

Sí, debía de serlo. Pero ahora, algo se había quebrado en ella. Ahora las fuerzas le traicionaban y no podía volver. El Consulado en esos casos procuraba poner remedio.

—No se apure. Le extenderemos un salvoconducto, la meteremos en el tren y, en cuanto llegue a la frontera, la ayudarán a volver a casa. Todo puede arreglarse, ya lo ve usted. Ha hecho un largo viaje, ha pasado una temporada al lado del hijo y se vuelve a España en donde probablemente se encuentra mejor. A su edad, no sientan los cambios.

—La culpa no es de él —dijo sin atender a razones—. Él es bueno. Pero ella...

Estaba muy pálida. Con la palidez de las madres españolas cuando celan a los hijos, cuando odian a la mujer que les ha quitado esos hijos.

—A veces ocurren cosas así. Los jóvenes —añadió para consolar a la vieja— son egoístas.

«Los chiquillos son crueles», había dicho el padre.

—El hijo se alegró al verme y me besó. Ella no. Y luego ya no me ponían a comer a su mesa. Me servían aparte. Sobre una silla.

Tembló a la sola idea de que fuera a llorar.

—No piense más en ello —le dijo—. Aquí hace un frío espantoso, ya lo ve usted. Estará mejor, mucho mejor en Purchena, con sus vecinas, con sus macetas de flores. Allá debe de hacer calor todo el año, ¿no es así? —comentó, mientras empezaba a llenar el cuestionario del salvoconducto.

—Sí —contestó—. Pero estoy muy sola.

—Claro... ¿Me dará las fotos? Dentro de media hora estará firmado y ya nos ocuparemos del billete y de su salida.

La vieja parece no oír, no estar contenta con nada. Podía comprenderlo perfectamente.

—No se lo tome así. Al menos ha visto a su hijo. Esa alegría ya nadie puede quitársela.

—¿Verlo? Verlo, no. Hace más de diez años estoy ciega.

Cerró los ojos. «¿Cómo ha podido una mujer ciega y de esa edad venir andando de España a Francia?».

—¿Y cómo pudo usted hacer lo que ha hecho estando ciega?

Los ojos de la vieja están secos. Se levanta de la silla poco a poco. Es una mujer muy alta, como la que recuerda de la infancia, afilada, tiene el alma agarrada al cuerpo y esa alma es alancetada como un huso.

—Usted... ¿tiene hijos? —pregunta.

«Un solo hijo y está lejos de mí, en España. Su recuerdo me quema por las noches cuando reencuentro mi soledad».

Responde:

—Tengo un hijo, sí.

—Entonces —dice la mujer— ya me comprende.

EL SOLAR

Ahora, en aquel solar, se alzan cuatro edificios.

No hace muchos años era de ellos. Sí, de los tres hermanos. Lo heredaron del abuelo cuando apenas rozaban la mayoría de edad. El abuelo tenía solares por toda la capital. No le rentaban nada, por supuesto, y le acarreaban un sinnúmero de disgustos, pero él iba comprando.

—¿Por qué, abuelo?

—Aquí pasará el Metro. Veréis lo que vale este solar dentro de veinte años.

Al abuelo no le importaban las rentas ni los años. Iba viviendo como si tuviera el secreto de la inmortalidad. Los solares le daban disgustos, como queda dicho, y vida.

—La valla de la calle de Aragón ha sido otra vez derruida.

Y se tiraba de las barbas. La valla de tal o cual solar se caía por vejez, por tormentas o por chiquillos. Reconstruirla era un gasto añadido a los impuestos del Municipio.

—Pero dentro de veinte años, aquí se alzarán un Banco y entonces...

El abuelo, dentro de él, veía todos sus solares contruidos.

Cuando murió, a los tres muchachos les tocó el de la barraca.

Fue el que menos cuidado proporcionó al abuelo. Allí se albergaba un viejo. La barraca la construyó él mismo, en pocos días. Cuando el abuelo se dio cuenta, ya no le pudo desalojar. Por nada del mundo lo hubiera hecho. El viejo construyó su casa con cierta gracia. Era del Sur. Del techo pendía un candil y, colgando de una cuerda, el cántaro.

—Para no agacharme. Los riñones...

El cántaro penduleaba a la altura de la boca y el abuelo bebió de él. Quizá por eso el viejo quedó admitido como inquilino único y provisional. La valla de aquel solar iba a su cargo. Cuando los chiquillos la tiraban al suelo, rabiaba, les gritaba y luego empezaba a reconstruirla.

—Tendré que buscarme un viejo para cada solar —decía el abuelo.

La familia no estaba de acuerdo. Sería un problema para el día de mañana, cuando el solar se edificara.

—Por ahora, el problema es el de las vallas. Con el viejo lo tengo resuelto.

Hasta que heredaron.

Los tres muchachos fueron a verle. Intentaron convencer al viejo que debía abandonar la barraca.

—Ésta es un indiviso y vamos a vender el solar.

—Véndanlo. Yo me quedaré a guardar la valla.

—Se trata de una inmobiliaria. La valla... ya no hará falta. Van a construir cuatro edificios de ocho plantas. Si quiere, veremos de encontrarle un asilo.

No quería. Habló a los muchachos de libertad, de cielo, de noches y amaneceres. Los tres hermanos eran muy jóvenes y no comprendieron nada. Debían deshacerse del viejo, eso sí, a la fuerza. El hombre era un problema.

Quizá dándole una indemnización. Quizá pagándole un billete de tren hasta su tierra. Quizá...

El hombre aceptó. Respiraron. Se le compró el billete y hasta sonrió satisfecho. Días después aún estaba en el solar. Reparaba un paraguas. Feliz.

—Pero ¿no se ha marchado? ¿Qué ha hecho con el billete?

—Un paisano más necesitado que yo. Estoy bien, señoritos. Estoy muy bien en mi casita.

La venta se les escapaba de las manos por culpa del hombre de la barraca. El mayor de los tres le razonó:

—Esto es un indiviso, ¿comprende?

—No. Esto ha sido mi casa y mi jardín durante todos los años que vivió el abuelo. Él venía a verme, bebía de mi cántaro y no me decía cosas raras. Estaba contento porque la valla se mantenía en pie.

—Ahora es distinto. Hemos decidido vender el terreno. Le daremos otra cantidad. Le compraremos otro billete.

—Bueno.

Antes consultaron con el abogado. El hombre debía partir sin violencia, por voluntad propia. Una vez fuera del solar se rociaría la barraca con gasolina para no dejar rastros. El problema quedaba resuelto.

Los tres hermanos le acompañaron a la estación. Lo dejaron sentado en un departamento de tercera. Regresaron al solar para ver cumplido el consejo del abogado.

La barraca no existía. Leños que humeaban. Tierra ennegrecida por el fuego. Nada.

Se volvieron. El viejo estaba allí, petrificado, los ojos llenos de lágrimas. No creía, no podía creer. Miraba atontado lo que fue su casa.

No dijo nada. Los muchachos callaron. Desapareció como vino, calle abajo.

LA ÚNICA VERDAD

A Trini le compraba el pescado.

—¿Una cabecita para el gato?

Trini revolvía la cesta o lo hacía ver. Aquella mujer compraba siempre lo mismo: una cabeza de merluza para el gato. Y Trini, los primeros tiempos, le daba una cabeza cualquiera, la menos fresca, la más pequeña... Luego, cuando le entraron dudas sobre el destino de la cabeza, separaba la mejor sin atreverse a hacer preguntas, cobrando lo justo. Lo justo para no ofender, lo preciso para no hacer caridad. Pues ella estaba segura que la viejecita aquella no hubiera admitido una caridad. Parecía una señora. Mejor dicho: parecía una cosa rara con su viejo abrigo de terciopelo morado, el sombrero incrustado de piedras de colorines, las medias siempre torcidas y flojas sobre sus escuálidas canillas, los guantes zurcidos y el bolso... Aquel bolso que le servía de monedero y de capazo. Un bolso de raso negro, apedazado, con flecos dorados y asas de cordón. Y el atuendo aún era lo de menos. La extraña, la extravagante era ella, la viejecita, «porque debe de ser muy vieja —pensaba Trini—, con ese pelo tan rizado y tan negro (más que negro negrísimo) y su cara pintada».

Al hablar, apenas sí movía los labios y no sonreía nunca. «Se le caería la cara como una careta», pensaba Trini. Porque la llevaban tan empolvada, tan teñida de blanco y de rosado que, forzosamente, una palabra demasiado fuerte o una simple sonrisa, hubieran cuarteado el artificio haciéndolo desprender como desconchadura de muro encalado. La boca era chiquita, sumida sobre unos dientes de ratón que bien pudieran ser suyos, y los ojos los tenía arrugados como dos ombligos videntes y pintados con negro de humo. Dos ojos terriblemente negros y tristes. Con negrura de años y tristeza de años.

Trini tomaba la cabeza entre sus manos gordinflonas. Mostraba a su extraña cliente la frescura de la mercancía.

—¡Mire qué agallas! Esta mañana estaba en el mar.

La viejecita, con un hilo de voz, hablaba de su gato. Era un gato precioso que unos amigos le trajeron de Persia. Porque ella tenía muchos amigos, sí. Y aquéllos, los que le trajeron el gato, eran de los mejores. Por eso mismo ella cuidaba del animal. No quería que sus criadas le compraran cualquier cosa en el mercado, pues el gato era de pura raza y por tanto muy fino, muy delicado. Ella le compraba todo y le hacía siempre la comida. Era su única ocupación, pues aunque su casa fuera muy grande y muy lujosa, sus hijos no le permitían el menor trabajo. Y aun aquél, por tratarse de un verdadero gato persa.

Trini envolvía la cabeza de pescado en un papel blanco, después de haberla abierto por la mitad. Lo hacía con tanto esmero como si estuviese aderezando los filetes de un lenguado o cortando las barbas de las lubinas. Trini pensaba en el gato fino, delicado y... persa, mientras tendía el paquete a la viejecita y ésta, a su vez, le daba unas perras. Se esforzaba por creer a su clienta y rehuía la visión de los guantes zurcidos. Cuando se marchaba y las otras clientas preguntaban: «¿Quién es esa vieja? Parece chiflada», ella contestaba que era una señora extranjera y que los extranjeros

querían mucho a los gatos.

Trini, la pescatera, tenía más de cincuenta años; se levantaba muy de mañana, almorzaba en el mercado con dos palmos de pan y un cuarto de kilo de solomillo y hacía bajar aquel tentempié con un gran vaso de café con leche —oloroso y caliente— que el camarero le traía del bar del mercado.

Trini, cuando servía la cabeza de pescado a la viejecita, sentía que su estómago le tiraba, le tiraba... Pero servía la cabeza —la mejor, eso sí—, y a otra, que las mujeres tenían prisa y siempre había broncas por culpa de la dichosa vez.

La señora Paca tenía el cutis blanco como la porcelana. Las clientas de la señora Paca decían que los bistecs cortados por ella tenían otro gusto, otra gracia que los cortados por su marido, el carnicero. Tanto es así que éste se limitaba a despedazar, deshuesar, y cobrar. El corte y las pesadas de la carne iban a cargo de la señora Paca, que para el servicio llevaba, sobre la bata blanca, delantales blancos, almidonados y bordados.

La señora Paca tenía las manos finas y sin arrugas, pues el contacto con la carne —según ella— se las alimentaba. Y llevaba broche en el peto del delantal y sortijas en los dedos. Llevaba también peinado de peinadora. Y el pelo rubio teñido de la señora Paca, gracias al toque de brillantina, brillaba como las pesas, los platos de las balanzas y los ganchos desde donde colgaban piernas y solomillos, espaldas y costillares.

A la señora Paca le hacía gracia aquella viejecita que le compraba —desde hacía mucho tiempo— comida para el perro. El primer día, dijo a su marido: «Vicente, unos huesos, aprisa». Tiempo después se atrevió a preguntar: «¿Es muy grande su perro?».

La clienta hablaba con vocecita débil y ella era algo dura de oídos. Las que lo sabían, le gritaban: «Señora Paca, medio kilo de bistecs, cortados como usted sabe». Pero la viejecita tenía apenas un hilo de voz y le salía muy cascada. No, no era un perro grande. Era un perro mediano, pero de una raza especial que tenía mucho apetito. Y los huesos no le convenían. Mejor algún desperdicio, blandito y no demasiado grasoso.

La señora Paca se fijaba mucho en las joyas de las clientas y la extraña viejecita del perro llevaba muchas cuentas de vidrio en las muñecas y collares alrededor del cuello. También en el sombrero le relucían piedras, ciertamente falsas, pues la señora Paca entendía mucho y juzgaba a simple vista.

El perro de la viejecita era un perro viejo y enfermo, por eso no lo traía al mercado. Se lo regaló un oficial inglés de la India y sólo quería dormir sobre un cojín de damasco. Ella le tenía mucho afecto, pues el oficial fue íntimo de su difunto esposo. Un hermano como quien dice. No tenía confianza en su cocinera y se molestaba yendo al mercado, cada día, para buscar comida para el perro enfermo. Así, de paso, tomaba el sol y hacía ejercicio, que eso era bueno para los que habían

dejado atrás los veinte años.

La señora Paca se enteró de todo el historial del perro muy poco a poco, pues las clientas interrumpían siempre: «¿Tiene sesos de cordero? ¿Riñones de ternera? ¿Lengua de buey?». Y era un desbarajuste cuando todas querían ser servidas al mismo tiempo.

La señora Paca tenía treinta años y nunca había visto una mujer tan vieja como aquella mujer del perro. Le daba un poco de risa, sí y un poco de miedo. A veces la recordaba por las noches, en el cuarto, a solas con su marido. Entonces era Paca a secas y le gustaba mirarse y remirarse en la luna del armario. Sus carnes eran marmoladas de puro tersas y preguntaba mimosa al marido despedazador, deshuesador y cobrador: «Vicente, ¿crees que podría volverme vieja como la vieja del perro?». Y Vicente le daba una buena nalgada y luego la besaba en los hombros y le hacía cosquillas en el cuello con su bigotito. «¡Qué vas a volverte vieja, mi Paca bonita! ¡Qué vas a volverte vieja!». «¿Y la vieja del perro, no crees que también ha sido joven en su tiempo?». Vicente la miraba encandilado. Pasaba sus dedos chatos por el pelo rubio y abrigantado de su Paca. «Contesta, hombre. ¿La vieja del perro...?». Y los dos se olvidaban porque estaban en la mejor edad y por la noche tenían otras cosas que hacer que hablar de los viejos.

Justina la esperaba hacia el mediodía.

Justina tenía diecisiete años, un padre borracho que pasaba los días tendido en una especie de duermevela y un novio pintor. Los diecisiete años de Justina eran cándidos. Tan cándidos que cuando su padre dormía la mona, ella creía que en verdad había trabajado toda la noche. Tan cándidos eran los diecisiete años de Justina, que habían convertido en artista a su pintor. La verdad era que Pablo hubiese querido dejar de pintar puertas y cocinas para ser el artista puro que sólo vive de y para su arte, pero sus cuadros sólo gustaban a Justi —como él la llamaba— y le gustaban porque reproducían casi siempre y muy fielmente las manzanas, los plátanos y los limones de su puesto de frutas, así como ciertas hortalizas que —según él decía— eran francamente pictóricas.

Pablo afirmaba que en España, un verdadero artista no tenía nada que hacer y cuando paseaba con Justi, hablaban de irse a América. «Es un país joven y rico. Allí sabrán comprenderme y nos haremos de oro».

Justina soñaba con las Américas y hablaba de sus sueños con todo aquel que quisiera escucharla. Sólo recogía gruñidos y arrebatos de su padre, reprimendas de la gente mayor y sarcasmos de sus amigas. «¡Un artista! ¡Un pintamonas!», oía decir. Y ella trataba de convencer a los descreídos repitiendo y rememorando las palabras de Pablo. Le parecían serias y bonitas. «Es trascendente. Es un impacto. Son inquietudes... ¡El Arte!». Emitía la última palabra en tono martirizado, igual, exactamente igual que al adoptado por Pablo.

Justina sólo tenía una atenta auditora para sus sueños y ésta era una viejecita

extraña que, por supuesto, debía de haber sido una gran, gran artista. Una gran artista con rarezas como solía tener la gente como ella y como Pablo, pues no le compraba más fruta ni más verduras que las pocas que pudieran apetecer, por pura golosina, cuatro pajaritos mejicanos.

La señora venía todas las mañanas y Justina le tenía preparado un plátano tronzado, ligeramente ennegrecido del rabo, una manzanita invendible de puro pequeña y las hojas verdes de las lechugas y de la col. Mucho comían los pajaritos y Justina no se atrevía a pedir dinero por aquellas mercancías. La viejecita insistió al principio, diciendo: «Si fuera una vez a la semana, hijita... Pero mis cuatro pajaritos son unos tremendos glotones que cantan y picotean todo el santo día. Tanto cantar, digo yo, debe de estragarles».

Justina hubiese querido tener un pajarito. Una vez le regalaron un canario y el padre se lo hizo devolver, pues decía que sus píos le daban dolor de cabeza. Pero un canario no pasaba de ser un pájaro muy corriente en España. Un pájaro español no podía competir con cuatro pajaritos mejicanos. Cuatro pajaritos que comían casi de todo, como las personas y tanto cantaban, que necesitaban estar picoteando todo el santo día para reponer fuerzas.

—¿Y usted, señora, viene de Méjico?

Precisamente el día que conoció a Justina, acababa de efectuar el último viaje. ¡Oh, Méjico! Méjico era un país maravilloso en donde todos los ríos acarreaban pepitas de oro.

—¿Las ha visto usted, señora?

¡Cómo no verlas! Hubiese sido necesario cerrar los ojos. Las pepitas relucían sobre las piedras, sobre la arena de los ríos y no era más que inclinarse y cogerlas. Cogerlas con las manos, sí.

—Allí, pues, los artistas...

La viejecita iba metiendo su manzana, sus verduras, el pequeño plátano ennegrecido, dentro del bolso de flecos de oro mientras respondía que Méjico, toda América, era la verdadera patria de los artistas. Pues patria —según ella— era el país que permitía vivir y no aquel donde casualmente uno había nacido.

La viejecita sabía mil cosas de América, pues ella había viajado mucho, muchísimo por todo el mundo. Pero indudablemente el más hermoso país del mundo era Méjico, en donde los ríos bajaban llenos de pepitas de oro.

Por la noche, Justi se lo contaba a Pablo, y andaban apretándose el uno contra el otro, charlando de «cuando estemos en América», dejando suelta la fantasía, libres de pesadumbre y de temores.

Salió del mercado.

Pasito a paso tomó por las Ramblas con su bolso de raso negro hinchado por las habituales provisiones. No era mucho lo que llevaba, pero le pesaba terriblemente. Iba insegura, con saltos de gorrión, tintineándole las pulseras y los collares de cuentas

de vidrio. Toda ella tenía sonido y quiebre de cristal.

No se advertía la lividez de su rostro, pues la máscara de polvos blancos y colorete le quitaba el resto de vida que hubiera podido advertirse. Se sentía cansada, pero de eso hacía tantos años que tampoco confiaba mucho en la veracidad de su cansancio.

«A lo mejor soy así. He nacido así, con esta fatiga, con este inmenso cansancio».

Se empezó a dar cuenta de ello un poco tarde, pasados los treinta años. Su madre le hizo creer que nunca estaría mejor que soltera y con ella. Tenían un buen pasar y pocos amigos. «Ignacita, hija, parece que hayas nacido cansada». Los días eran largos y la madre exigía mayor presencia y mayor devoción. Hasta que cayó enferma. Entonces ella se convirtió en el alma de aquel cuerpo que, mecánicamente, seguía viviendo.

El médico y algunas vecinas le dijeron que su madre no la reconocía, que siempre había sido muy rara y lo mejor era encerrarla.

Pero ella no se atrevió a hacerlo. La madre seguía pidiendo: «Ignacita, agua. Ignacita, vuélveme el colchón. Ignacita, tengo calor. Ignacita, hace frío». Si la madre seguía ordenando era porque seguía conociéndola y ella se multiplicaba e iba obedeciendo a la enferma, como lo hizo durante tantos años. El servicio se le marchaba, pues tenía miedo pese que ella decía que no, que la madre no era mala, aunque gritase, aunque rompiera los platos en los que se le servía la comida, aunque a veces la pegara. Sólo se lo hacía a ella, por consiguiente el servicio no debía temer nada. Pero las criadas no podían soportar los ojos de la madre siempre desorbitados, siempre enfurecidos. Y las manos, siempre retorciendo las sábanas. Y los dientes siempre crujiendo, siempre rechinando.

Cuando murió, ella tenía cerca de cincuenta años.

¿Cuántos hacía que no se miraba en el espejo? Muchos. Le habían salido canas y tenía la piel lívida por no haber bajado a la calle en todo aquel tiempo.

Salió y se fue a la peluquería.

Desaparecidas las canas, los polvos y el colorete animaron el rostro prematuramente marchito. En el barrio se decía que era rica.

Le salió un pretendiente. Se enamoró de él como una loca y durante los tres meses que duró la ilusión, estuvo casi guapa. Cantaba, reía y hablaba con los del barrio. «Nos iremos de aquí —les decía—. Mi prometido tiene un negocio en Francia y nos iremos a París para siempre».

Cuando él se dio cuenta de que ella le había entregado hasta el último céntimo, la dejó.

«¿Cuándo te casas, Ignacita?». Se reía ahora cuando los chiquillos del barrio le gritaban. También se lo gritaron sus padres y entonces... sí, dolía. Ahora, no. Ahora le dolían los tobillos y el brazo de donde le colgaba el bolso. Le dolía la espalda, pues se empeñaba en ir muy tiesa por la calle. Al llegar a casa todo su cuerpo cedía.

Los cuatro muebles que le quedaron los dispuso en la entrada. Y allí también la

alfombra persa, recuerdo de un antiguo bienestar. Para ella bastaba una pequeña cama y una silla, las cazuelas y una sartén. Para vivir se necesitaba muy poco.

Le costaba subir las escaleras. El último tramo era oscuro y empinado. La mano que se agarraba a la barandilla temblaba como las alas de un pájaro y el corazón iba de prisa, de prisa como a los cuarenta y tantos años cuando esperaba al prometido.

Buscó las llaves en el fondo del bolso. Abrió la puerta, entró y la volvió a cerrar. Luego se apoyó contra la pared. Sintió una náusea y los muebles empezaron a girar en torno de ella. No tuvo miedo. Se arrodilló sobre la alfombra y se dejó caer.

Tenía mucho frío. Temblaba como un perrillo desde hacía muchos años, desde que el prometido se marchó con todo su dinero y con el resto de su vida. Se arropó en la alfombra y pensó que le había llegado el fin.

Quiso santiguarse, pero no le llegaba la mano a la frente, pues la tenía enredada en los cordones de la bolsa de flecos. Dijo: «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo —y continuó—. Perdona, Dios mío, todas las mentiras que he dicho en mi vida».

Era el primer pecado del que se acordaba y rogó al Señor que le librara de él en aquellos últimos momentos.

«Perdóname por el gato persa y por el perro del oficial inglés. También te pido perdón por mis cuatro pajaritos mejicanos. No sé, en realidad, si ésta ha sido la única mentira de mi vida o bien si ha sido mi única verdad. En estos momentos, Señor, soy tan vieja que todo lo confundo. Yo creí que me habías dado una madre para que la amara y la respetara. Me olvidé que también me habías dado una vida y debía vivirla. Perdóname, Dios mío, por haberla desperdiciado. Yo creí que me habías dado un corazón para que con él pudiera dar amor y felicidad a mi prójimo. Perdóname, Dios mío, pues no supe hacerlo. Voy a ti con las manos vacías».

Quiso santiguarse otra vez sin acordarse de la anterior y de nuevo los cordones del bolso de flecos dorados se lo impidieron. Entonces sonrió, sin temor a agrietar el revoque de su rostro y continuó: «Vengo a ti llevando como única ofrenda una cabeza de pescado, cuatro pellejitos de carne, una manzana pequeña, un plátano renegrido y...».

No pudo terminar su inventario, pues notó dentro de ella como si estallara una pompa de jabón.

Justina duda y no sabe si la vieja artista ha vuelto a América sin decirle adiós, o si los pajaritos mejicanos se han escapado de la jaula.

La señora Paca ha esperado unos días, al cabo de los cuales dice a Vicente: «El perro de aquella señora, ¿era muy viejo, no es eso?».

La Trini se ha emocionado mucho al leer la columna de los sucesos. No le pasa el bocadillo de dos palmos y cada sorbo de café con leche le da una arcada. Tiene ardor en el estómago y siente empacho.

Vienen las clientas y dicen: «La encontraron enrollada en la alfombra y echaba

una peste de miedo. En el bolso llevaba una cabeza de pescado podrido...».

La Trini arroja el bocadillo y dos gatos sarnosos se lo disputan.

Ve los guantes zurcidos, las medias de algodón...

«¡El gato ha muerto...!», piensa.

EL CULPABLE

Ellos, los pequeños, sabían que el hombre había matado.

Cuando regresó al pueblo, después de cumplir condena, el único que se atrevió a ofrecerle trabajo fue Juan Costa y le dio la casa del guardabosques, en las lindes del huerto, alejada del manso y de la de los colonos. Hubo quien dijo que Juan Costa deseaba un jornalero a medio sueldo; otros se callaron. El viejo Costa tenía cosas raras y obraba siempre a su antojo. «Quizá —pensaron los menos— el viejo es mejor que nosotros y no hace leña del árbol caído».

El hombre que había matado se llamaba Longares.

Años atrás, no muchos, era buen mozo, reidor y apacible como pocos. En un baile del pueblo conoció a Micaela, empezó a cortejarla y al cabo del año se casaban, pues Longares no era de los nacidos para esperar. Tenía una casa en el pueblo y algunas tierras. Nunca pensó en llegar a rico, pero contaba con sus brazos para evitar la pobreza. Micaela era bonita y cuando la llevó a la iglesia se creyó el hombre más feliz del mundo. Ya en su casa, la que sus padres le dejaron, le dijo:

—Si te asomas a la ventana o sales al portal, me verás trabajar. Estaremos siempre juntos, siempre a la vista el uno del otro porque mi casa y mis tierras son pequeñas. Aparte de los días de mercado, no nos separaremos nunca.

Los primeros tiempos del matrimonio fueron buenos, al parecer. Micaela trajinaba en la casa, echando, quizá, de menos la ciudad en donde transcurrió su vida, antes de conocer a Longares. Se asomaba a la ventana y al poco veía al hombre, al suyo, volverse hacia ella, agitando los dos brazos en el aire, en signo de afecto. Ella devolvía el saludo y continuaba su labor, cada día la misma, sin altibajos ni contratiempos, rodando al compás de las estaciones, del sol y de las lluvias. Un día le preguntó:

—¿Y será siempre así?

—Siempre —contestó él.

Longares creía firmemente en el *siempre* de su respuesta. Ni por un momento pudo sospechar el amago de tedio, la desolación que implicaba la pregunta. *Siempre* serían así de felices, quería decir Longares, mientras Micaela empezaba a encontrar vacío el cielo, largas las noches, anchos los espacios alrededor de ella.

Tuvieron dos hijos y luego una chiquilla. Los tres se doraron al sol de las pocas tierras de Longares. Correteaban alrededor del padre, intentando ayudarlo, y las más de las veces, conseguían lo contrario.

Longares no regañaba a sus chicos. Cantaba y reía con ellos y ya no se volvía hacia las ventanas de la casa, pues Micaela no se asomaba jamás. A veces echó de menos el signo amistoso que les unió en los primeros tiempos, pero no se lo tuvo en cuenta. «Eso son cosas de enamorados —se decía para excusarla— y las mujeres no terminan nunca con el trajín de la casa».

La cuestión era trabajar, cada día un poco más, hasta que los chicos fueran mayores y que nada les faltara. Los días de mercado regresaba al anochecer, después

de largas horas de carro. Venía muy cansado Longares, pero nunca se olvidó de los regalos para ella y para los niños. Luego, eso sí, caía en la cama como un plomo.

Si le hubiesen dicho que Micaela le engañaba no lo habría creído.

Lo tuvo que ver, con sus propios ojos, al regreso de uno de esos días que dejaba la casa desde la madrugada. Venía contento, con la bolsa llena y los regalos de siempre. Azuzó al macho y el camino se le hizo breve, pues llegaba con luz. La tuvo que ver en brazos de otro hombre para darse cuenta de que *aquello* era posible; de que *aquello* sucedía aunque él, Longares, nada hubiera hecho para merecerlo.

El *otro* huyó con alas que le prestó el miedo, mientras ella quedó pegada a la pared de la casa, el blanco muro encalado que durante mucho tiempo guardó el chafarrinón de su sangre.

Cuando se presentó al cuartelillo repitió dos o tres veces, una sola frase: «Se ha quedado muerta».

Los niños fueron a parar a manos de la familia de ella y la ley dispuso que la casa y las tierras, las pocas tierras que rodeaban la casa de Longares, fueran a las mismas manos. La muerte y sus motivos quedaron oscuros no sólo ante la ley, sino ante el mismo culpable.

Durante años y años, encerrado en la misma celda, fue incapaz de explicar cómo la había matado. Al verlos juntos, una llamarada roja estalló en su cabeza. Luego, la mancha de sangre en el muro encalado. La mujer quedó en tierra, pegada a la casa. Que él la hubiera podido matar, tan aprisa, tan de repente, no le bastaría con todos sus años de vida, para comprenderlo. Pero así era y Longares, en aquel instante perdió mujer, hijos y casa.

El viejo Juan Costa hacía las cosas a su manera.

Ya podían venirle a él conque Longares era un asesino. ¿Qué sabía la gente de eso? La ley, escrita por mano de hombre, podía errar. También erraba el hombre al saberse engañado. Cuando sus hijos, los que vivían con él y los que ya se fueron, le hablaron de Longares y del horrible crimen cometido, tuvo una amarga sonrisa. Cuando el párroco alabó su cristiana conducta de recoger al caído y darle oportunidad para redimirse, esbozó un ademán de disgusto. ¿Qué sabían sus hijos? ¿Qué sabían los hombres y hasta aquel pobre cura, de cristiana conducta? Y al darse cuenta de que los pequeños, los nietos que correteaban por el manso, atisbaban al nuevo guardabosques «porque era un hombre que había matado», les riñó y les dijo:

—Dejadle en paz. Es un hombre como los otros. Mejor que muchos, quizás.

Los niños contemplaban, con ojos redondos de sorpresa, al abuelo que decía semejantes cosas.

Longares iba y venía con la escopeta al hombro, de sol a sol, por aquellas tierras que no eran suyas, pero que alguien le permitía hollar. «Juan Costa —pensaba— ha debido sufrir mucho, o bien, todo se le da un pepino con tal de que le sirvan».

Y como los años de encierro habían endurecido su ánimo, dejaba de pensar en Juan Costa, «Si al menos pudiera tener a mis hijos conmigo. Si mis hijos pudieran olvidar aquella mala noche».

Los ojos de los chiquillos, de los nietos de Juan Costa, no podían separarse de él. Los veía atisbantes, a través de los árboles, sobre la tapia de los huertos. Aun en su refugio de guardabosques, los ojos de los pequeños le perseguían, inmóviles, estáticos, como los de sus propios hijos después de matar a la madre. Ni una voz ni un sonido salía de las bocas enmudecidas ante su presencia, pero dentro de los ojos, siempre el mismo reproche. Ante esos chiquillos, más que ante el juez, se sentía culpable y horrorizado. Era doloroso resistirlos y decidió despedirse de Juan Costa, irse muy lejos, donde nadie pudiera reconocerle ni recordarle el crimen. Aún era joven y podía rehacer su vida. A sus hijos, a los pequeños que perdió en pocos momentos de una horrible noche, no los olvidaba. Trabajaría para ellos. Si algún día la suerte le pusiera de nuevo buena cara, los mandaría llamar o, por lo menos, les diría: «Tomad, hijos. Todo cuanto poseo os pertenece. Que no me queráis es cosa vuestra, de vuestra conciencia. Pero hay algo que nadie, ni vosotros mismos, podrá impedirme: seguir siendo vuestro padre».

El viejo Juan Costa le escuchó pacientemente, sin interrumpirle y cuando Longares terminó, tampoco dijo palabra.

—¿Me comprende usted? —preguntó el hombre que había matado.

—Mejor que nadie.

—Entonces, ayúdeme a marchar. Yo le prometo...

Juan Costa hizo un ademán con la mano e interrumpió a Longares.

—No prometas nada.

—No tengo un céntimo, pero trabajaré. Si usted me ayuda a pagar el pasaje, yo le aseguro que...

—¿Y tu casa? ¿Y tus tierras?

—Todo se perdió. Tuve que indemnizar a los padres de ella.

—¿No piensas en tus hijos? ¿Vas a dejar que te olviden?

—No puedo soportar sus miradas.

—Ahora ya no son chiquillos. Un hombre debe comprender.

—Tengo miedo —dijo Longares—. Usted no sabe lo que es sentirse siempre señalado con un dedo.

—Sé algo peor.

Longares calló. Juan Costa parecía haberle olvidado y hablaba consigo mismo. «Qué importa lo que los otros piensen o dejen de pensar. En el caso de que hayas sido culpable, dentro de ti, Longares, ya no hay culpa. Has expiado un mal momento con años enteros de cárcel, con una vida entera, destruida. Déjame pensar y no hagas caso de mis chiquillos. ¿Qué saben ellos de estas cosas? ¿Qué sabe nadie de lo que puede

sentir un hombre engañado y cuál es la peor venganza?».

Se despidieron muy tarde, sin haber decidido nada.

A él, a Juan Costa, nadie le señaló con el dedo.

Cuando supo que su mujer le engañaba, no se encendió en su mente la roja llamarada de sangre porque hacía años que ya no la amaba. Pero, a partir de aquel momento, el odio, frío y manso, penetró en su alma y se vengó «a su manera», al modo de Juan Costa.

No tuvo arrestos para castigar al culpable y, ante todo, quiso evitar el escándalo: que sus hijos, que nadie supiera que él, era un hombre engañado. Cuando la vio en el suelo, de rodillas, pidiéndole perdón, sus labios se torcieron en triste sonrisa.

—Puedes quedarte —le dijo—. Yo me encargo de que tu vida sea una auténtica condena.

A partir de aquel día no le dirigió la palabra más que cuando la presencia de los hijos o de los extraños le obligaba. «Que nadie sepa que soy un hombre engañado». Pero ella, sí. Ella, la mujer que engañó, debía de recordarlo en cada segundo de su vida.

—Échame —dijo ella al fin, desesperada—. Mátame, si quieres o perdóname. Te juro que fue un mal momento. Me sentía tan sola, tan abandonada. Tú nunca me has querido, Juan.

—Me debías fidelidad. Nada te faltó en mi casa. Guárdate de irte, pues te encontraré donde vayas. ¿Matarte? Eso querías tú. Vive. Cuanto más vivas, más largo será tu martirio.

Y el gozarse viendo la decadencia de la mujer; el sentirse crecer ante los hijos que le reverenciaban, decían y decían al hablar de la madre:

—Dios no quiera que nosotros tengamos tan mala suerte. Qué santo, qué bueno es nuestro padre y con qué resignación soporta las rarezas de su mujer. Nunca le ha faltado nada y siempre quejosa, vagando por la masada, ida y enfermiza como un alma en pena.

Los hijos se desgajaron de la mujer que les dio la vida y se arrimaron al padre que, de la mañana a la noche, hizo del deber una vocación. Lo tomaron por modelo y al buscar esposa pidieron su aprobación.

Juan Costa vio casarse a sus hijos con indiferencia. Hacía ya tiempo que las mujeres no le interesaban. Eran criaturas engañadoras en quienes más valía no confiar. Años más tarde empezaron a nacerle los nietos.

Hasta el día en que ella murió.

Hacía mucho tiempo que, entre los dos, no se cruzaban palabras, ni siquiera las de ella, las que continuamente, suplicaron el perdón. La atendía una sirvienta y en la pequeña habitación donde se consumía la mujer, ni Juan Costa ni los hijos pusieron jamás los pies. Los nietos la veían, a veces, asomada a la ventana que daba a los

huertos. Les daba un poco de miedo aquella vieja que vivía encerrada en una habitación, sin salir jamás y de quien los criados decían que tenía rarezas. Los nietos no besaron jamás aquel rostro tan triste que, en alguna ocasión, se asomaba a la ventana como si buscara algo en las tierras de Juan Costa.

Al verla próxima a su fin, la sirvienta fue a avisarle.

—Está muy mala. Quizá si llamáramos al médico...

—Busca al cura también —ordenó Costa.

Cuando el médico y el cura le dijeron que iba a morir, algo, algo muy oculto dentro de él, le empujó hacia la habitación.

Se aproximó a la mujer y unas lágrimas abrasadoras empezaron a correr por sus mejillas.

—No te mueras —suplicó—. Déjame tiempo. Déjame tiempo para hacerme perdonar. Yo falté el primero. Yo te debía amor.

Los ojos de la mujer estaban secos. Ya no quedaba una lágrima en aquel cuerpo consumido en vida. Ya no quedaban palabras en los labios que apetecieron caricias.

—Di algo, mujer. Di algo siquiera.

Tampoco a sus oídos llegaba la súplica del marido.

Entonces cayó a su lado, de rodillas, y estrechó contra el suyo el cuerpo de la mujer que moría. Le besó los cabellos, blancos antes de tiempo; le besó los labios, regando sus besos con incontenible llanto. Besó el pecho, en donde el corazón desolado contaba los últimos latidos.

Los hijos lo encontraron arrodillado a los pies de la cama y no le comprendieron cuando exclamó:

—Yo he sido el culpable. Yo, nadie más que yo.

Los hijos le arrastraron de allí y le dijeron:

—Padre, recóbrate. Aún eres joven y se acabó tu martirio. Sólo un santo hubiera soportado una mujer como la tuya.

El fervor que descubría en los ojos de los nietos era el dedo que hurgaba en su conciencia, diciéndole: «Asesino. Tú fuiste el culpable. Tú te has erigido juez de algo que ni Dios ni los hombres castigan de ese modo. Tú eres peor que el hombre que mata o el juez que condena. Tomaste la justicia por tu mano y no hay perdón para ti».

Se levantó muy temprano, a la mañana siguiente de la conversación con Longares, y fue a la ciudad. Al notario le dijo:

—Quiero comprar la casa y las tierras que lindan con la mía. Sé que están en venta.

La casa y las tierras eran suficientes para una familia.

Fue, más tarde, al juzgado y estuvo largo rato entretenido con el juez. Luego visitó a los chicos de Longares. Ya eran mozos. Ya podían comprender la razón o sinrazón de los hombres.

Al regresar al manso se encaminó hacia el refugio del guardabosques.

—Ya lo tengo arreglado —le dijo—. De todos modos, si quieres marcharte puedes hacerlo.

Le tomó del brazo, bajaron la ladera y, después de la hondonada, le señaló la pequeña casa.

—Allí no te molestarán mis nietos —le dijo.

Longares callaba.

—Es tuya —aclaró Juan Costa—. Tus hijos vendrán a ayudarte. Ellos saben y perdonan. —Y hablando a solas prosiguió—: Es bueno que los hijos sepan. Así pueden perdonar.

A Longares le costaba creer. Los años de presidio endurecieron su mente. Sabía que Juan Costa iba siempre a la suya. ¿Le regalaba la casa? ¿Se la arrendaba? En cualquiera de los dos casos no llegaba a comprender.

—Pero yo... —balbució—. Usted no me conoce. Yo no he hecho nada para merecer... Déjeme trabajar, y si acaso...

—¿Perdonaste a tu mujer, Longares? —preguntó entonces Juan.

—¡Dios! La perdoné inmediatamente. Si hubiera tenido un momento, un segundo de reflexión, nada hubiese sucedido. Yo la quería de veras.

—Pues yo no amaba a la mía y no supe perdonarla. Ya ves. Y también hay Alguien que me señala siempre porque no he cumplido mi condena. Quédate con la casa. A tus hijos no tienes más que llamarlos. Diles que te la legó mi mujer. Que tus nietos tengan una oración y un recuerdo para ella.

Longares no tuvo tiempo de dar las gracias.

El viejo Costa subía a grandes zancadas el camino del manso, cuesta arriba, sin volverse ni una sola vez hacia atrás.



CARMEN KURTZ (Barcelona 1911-1999) fue una de las escritoras más originales de la posguerra española además de una de las figuras más importantes de la literatura infantil y juvenil de la segunda mitad del siglo XX. Merecedora de premios como el Lazarillo, el Planeta o el Ciudad de Barcelona, sus novelas *Duermen bajo las aguas*, la trilogía *Sic transit*, o *El desconocido* la situaron en el panorama literario español. Sus historias infantiles con Óscar como protagonista, o *Veva y Veva y el mar*, ocupan un lugar destacado en el canon de la literatura infantil y juvenil.

Carmen de Rafael Marés nació en Barcelona el 18 de septiembre de 1911. Adoptó el seudónimo **Carmen Kurtz** añadiendo una «t» al apellido de su marido. La madre, Carmen Marés Gribbin, nacida en Baltimore, y su padre, José Manuel de Rafael Verhulst, en La Habana, ambos de ascendencia catalana, retornaron con sus familias a España y se casaron. La madre de Carmen fallece cuando esta tiene solo cinco años de edad dejando huérfanos a cuatro hijos, de los cuales Carmen es la tercera en nacer.

Estudia en el Sagrado Corazón de Barcelona, pero la educación estricta del centro hace que su padre se encargue de su educación durante los siguientes tres años. A los 17 años entra en el Colegio del Sagrado Corazón de West Hill en Inglaterra.

Ya en España conoce a Pierre Kurz Klein, barcelonés de origen alsaciano. Contraen matrimonio en 1935 y se trasladan a Francia. En Melun nace su hija Odile en 1936 y tres años más tarde, al estallar la II Guerra Mundial, Pierre es destinado a la Línea Maginot siendo capturado por los alemanes en junio de 1940. Permanece prisionero

en un campo de concentración hasta que consigue evadirse en 1942 y, gracias a Carmen y con la ayuda del consulado, consiguen regresar a España en 1943.

La situación económica y laboral de la familia en una España de posguerra, hacen que Carmen Kurtz comience a escribir como medio para conseguir ingresos, y lo hace en el género de la literatura infantil. En la editorial Molino, dentro de la colección Marujita publicará sus primeros cuentos, firmando como Isabel Marés o Carmen de Rafael.

Su padre fallece en 1946 y cuatro años más tarde Pierre Kurz comienza a trabajar en Segovia, ciudad a la que se mudarán durante dos años dejando a su hija estudiando en Barcelona. Pierre y Carmen se separan a mediados de los cincuenta.

Antes de su marcha a Segovia, Carmen había comenzado su primera novela, *Duermen bajo las aguas*, en la que podemos ver reflejada parte de su biografía y que termina alrededor de 1953. La presenta al Premio Ciudad de Barcelona y resulta ganadora en 1954.

El desconocido será la novela con la que en 1956 obtiene el Premio Planeta. El galardón la sitúa en el panorama literario y la acerca al público. Continúa publicando novelas y relatos, quedando finalista en 1961 del prestigioso Café de Gijón con *En la oscuridad*.

Su nieta Carolina nace en 1961, y al año siguiente fallece Pierre Kurz. Es en estos años en los que Carmen Kurtz decide dedicarse profesionalmente a la literatura infantil y juvenil, así, en 1962, se publica *Óscar cosmonauta*, primer libro de la que será una exitosa serie de novelas con Óscar como protagonista, y que la hace quedar finalista del premio más importante de la literatura infantil y juvenil en España, el Lazarillo, y la coloca en la lista de honor del galardón más importante a nivel mundial, el Hans Christian Andersen. Esta serie marca también el comienzo de la colaboración con su hija Odile, quien ilustrará su obra infantil a partir de este momento.

Escribe guiones para televisión y teatro para las marionetas de Herta Frankel y Arturo Kaps, obteniendo el Premio Platero de oro por el guión *Violeta en el Oeste*. Este galardón recaerá en 1978 en la adaptación al cine de su *Óscar, Kina y el Láser*, con guión de José María Blanco, basada en la novela *Óscar y Corazón de Púrpura*. Tras la película se publicará el libro basado en la adaptación, *Óscar, Kina y el Láser*.

Colabora con el diario barcelonés La Prensa, donde acabará trabajando con la, más tarde periodista y escritora, Maruja Torres.

En los años sesenta comienza a escribir la trilogía *Sic transit*, cuya primera entrega verá la luz en 1973 con el título *Al otro lado del mar*. Narrando la saga de una familia que perfectamente habría podido ser la de la autora, la trilogía continúa con *El viaje* y se cierra en 1976 con *El regreso*, terminando además con su producción para adultos,

ya que Carmen, que consideraba la trilogía su obra más completa, dio por finalizada su aportación a la narrativa para adultos.

Sigue escribiendo literatura infantil y en 1980 publica *Veva*, las andanzas de un bebé de nueve meses que piensa y habla y que se convertirá en una de las obras más leídas de la literatura infantil española.

Una operación de cataratas infructuosa la obligará a dejar de escribir e incluso de leer. Así publica su última obra, *Pachu, perro guapo* en 1992.

Carmen Kurtz fallece en Barcelona el 6 de febrero de 1999.